



redimiendo el tiempo

efesios 5:16



DEVOCIONAL



Evangelismo USA se complace en poner a su disposición este devocional diario como parte de su participación en el EVUSA Leadership Gathering 2026. Nuestro tema es Redimiendo el Tiempo, tomado de Efesios 5:16. Esta compilación de devocionales gira en torno al tema del tiempo: su valor, su urgencia y nuestra responsabilidad de ser buenos mayordomos del tiempo que Dios nos ha concedido.

Expresamos nuestro más sincero agradecimiento al Rev. Ed Garvin, quien es el orador principal de nuestra Gathering este año. De manera generosa, él ha provisto estos devocionales para nuestro beneficio y edificación. Este es un material de gran calidad, y le animamos encarecidamente a aprovechar las verdades y las lecciones Bíblicas que aquí se presentan.

Gracia y paz,

A handwritten signature in blue ink, which appears to read "Darryl Bryant". The signature is stylized with a large, sweeping initial "D" and a long, horizontal stroke extending to the right.

VIVIR CON URGENCIA ETERNA

“Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios, sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos”. Efesios 5:15–16 (NVI)

Las palabras de Pablo a la iglesia de Éfeso tienen un peso que debería captar nuestra atención. No está ofreciendo sugerencias ligeras sobre cómo administrar mejor el tiempo ni consejos de productividad. Está lanzando un llamado claro a vivir con intencionalidad en un mundo que constantemente amenaza con desviarnos del camino.

Fíjate en la urgencia de su lenguaje: ‘tengan cuidado’. La palabra griega aquí apunta a caminar con precisión, cuidando cada paso, como alguien atravesando un terreno peligroso. Esto no es paranoia; es sabiduría. Pablo entendía algo que muchas veces olvidamos: cada momento importa, y la manera en que usamos nuestros días termina definiendo la manera en que vivimos nuestra vida.

El contraste que presenta es fuerte: vivir como sabios o vivir como necios. Los necios avanzan por la vida de forma reactiva, permitiendo que las circunstancias, la cultura y la conveniencia dicten sus decisiones. Pasan horas en redes sociales, consumen sin pensar y postergan todo de manera habitual. Saben lo que es importante, pero nunca parecen llegar a ello. Los días se convierten en semanas, las semanas en años, y de pronto se preguntan a dónde se fue el tiempo.

La vida sabia es radicalmente distinta. Implica tomar decisiones deliberadas sobre cómo invertimos nuestras horas. Significa decirle ‘no’ a cosas buenas para poder decirle ‘sí’ a las mejores. Significa reconocer que el tiempo, a diferencia del dinero, no se puede recuperar una vez que se ha gastado.

‘Aprovechando al máximo cada momento oportuno’ también puede entenderse como ‘redimiendo el tiempo’ o ‘dándole valor las oportunidades. Imagina a un comerciante astuto en el mercado, atento y listo para aprovechar las oportunidades valiosas cuando aparecen. Así es cómo deberíamos enfrentar cada día: vigilantes, con discernimiento, preparados para actuar cuando Dios abre puertas para los propósitos del Reino.

Pero ¿por qué tanta urgencia? Pablo lo explica: ‘porque los días son malos’. Vivimos en un mundo caído donde la oscuridad compite constantemente por nuestra atención y nuestra lealtad. Las distracciones sobran. El entretenimiento no tiene fin. Lo urgente

desplaza a lo importante. El mal no siempre se presenta con tentaciones evidentes; muchas veces simplemente nos roba el tiempo mediante ocupaciones triviales que nos dejan vacíos espiritualmente e ineficaces para el Reino.

Este pasaje no busca cargarnos de culpa ni empujarnos a una actividad frenética. Es, más bien, un llamado lleno de amor a vivir con propósito. Dios te ha dado este día, estas horas específicas, como un regalo y una responsabilidad. ¿Qué harás con ellas?

Redimir el tiempo significa priorizar la oración por encima de pasar horas frente al celular. Significa tener esa conversación difícil que has estado evitando. Significa servir a ese vecino, mentorear a ese creyente más joven, compartir el Evangelio con ese compañero de trabajo. Significa escoger el estar presente cuando tu cónyuge o tus hijos te necesitan.

También implica descanso; un descanso verdadero en la presencia de Dios, no solo desconectar el alma con entretenimiento. Aún Jesús se apartaba para orar, entendiendo que redimir el tiempo a veces significa alejarnos de la actividad para permanecer en el Padre.

Mientras avanzas en este día, haz una pausa y pregúntate: ¿estoy viviendo sabiamente? ¿Estoy aprovechando las oportunidades que Dios pone delante de mí? ¿Estoy permitiendo que el mal de esta época (ya sea el pecado evidente o la distracción sutil) me robe el tiempo?

Tus días están contados. Ninguno de nosotros sabe cuántos quedan. Pero este día, este momento presente, es tuyo. Camina con cuidado. Vive con sabiduría. Redime el tiempo.

ORACIÓN:

Padre Celestial, perdóname por las veces en que he desperdiciado el valioso regalo del tiempo que me has confiado. Abre mis ojos para ver cada día como el tesoro que realmente es. Dame sabiduría para discernir lo que más importa y valentía para decir no a las distracciones que me apartan de tus propósitos. Ayúdame a caminar con cuidado, atento a las oportunidades que pones delante de mí para amar, servir y glorificarte. En medio del ajetreo de la vida, enséñame a permanecer en ti y a encontrar mi descanso y mi fuerza en tu presencia. Que mis días cuenten para la eternidad. En el nombre de Jesús. Amén.

SABIDURÍA EN UN MUNDO OBSERVADOR

“Sean sabios en la manera de actuar con los que no creen; aprovechen al máximo cada oportunidad”. Colosenses 4:5 (NVI)

El mundo está observando. Nos damos cuenta o no, nuestra vida está siendo observada por quienes aún no conocen a Cristo. Los compañeros de trabajo notan cómo respondemos bajo presión. Los vecinos ven cómo tratamos a nuestras familias. Cajeros y meseros experimentan nuestra paciencia (o la falta de ella). En cada interacción, estamos abriendo puertas al Evangelio o cerrándolas.

La instrucción de Pablo a los creyentes de Colosios apunta directamente a esta realidad. Nos llama a ejercer sabiduría en nuestro trato con los “que no creen”, aquellos que están fuera de la fe. Esto no se trata de ser falsos o manipuladores; se trata de ser reflexivos e intencionales en cómo representamos a Cristo a un mundo escéptico.

¿Cómo se ve la sabiduría en la práctica? Significa elegir nuestras palabras con cuidado, saber cuándo hablar y cuándo escuchar. Significa responder a la hostilidad con gracia en lugar de hacerlo a la defensiva. Significa vivir con integridad en los momentos cotidianos: pagar nuestras cuentas a tiempo, hacer nuestro trabajo con excelencia y cumplir nuestros compromisos. Estas cosas aparentemente pequeñas tienen un peso enorme a la hora de establecer credibilidad para el Evangelio.

Considera al cajero del supermercado que ha tratado con clientes groseros todo el día. Tus palabras amables y tu sonrisa genuina podrían ser la única manifestación del amor de Cristo que esa persona encuentre. Piensa en el compañero de trabajo que observa cómo manejas la decepción al no recibir un ascenso. Tu respuesta con gracia habla con fuerza sobre la suficiencia de Cristo en tu vida.

Luego, Pablo añade esa frase crucial: “aprovechen al máximo cada oportunidad”. Aquí vuelve el tema de redimir el tiempo, pero ahora con aplicación directa al evangelismo y el testimonio. Dios orchestra citas divinas a lo largo de nuestros días: la madre soltera que lucha en la fila de la caja, el estudiante ansioso en la cafetería, la persona mayor que se siente sola en tu calle. Estos encuentros no son casuales; son oportunidades.

Pero aquí está el desafío: no podemos aprovechar al máximo las oportunidades que ni siquiera notamos. ¿Con qué frecuencia pasamos los días tan distraídos, tan absorbidos en nuestras propias

preocupaciones, que no vemos a la persona justo frente a nosotros? Estamos pegados al celular mientras las citas divinas pasan de largo.

Aprovechar al máximo cada oportunidad requiere estar presente. Requiere ojos para ver a las personas como Dios las ve: ovejas perdidas que necesitan un pastor, almas hambrientas buscando un alimento que no saben cuál es. Requiere valor para salir de nuestra zona de confort y relacionarnos, incluso cuando es incómodo o inconveniente.

Esta sabiduría también implica conocer a nuestro público. Lo que conecta con una persona puede alejar a otra. El estudiante universitario que lucha con dudas necesita un acercamiento distinto al de una persona mayor enfrentando la mortalidad. La sabiduría discierne la necesidad y responde apropiadamente, siempre apuntando a Cristo, pero con sensibilidad y relevancia.

La hermosa verdad es que Dios no espera que inventemos oportunidades ni forcemos conversaciones. Simplemente nos pide que vivamos sabiamente, caminemos con atención y estemos listos. Cuando lo hacemos, Él trae las oportunidades. Nuestro trabajo es reconocerlas y responder en fe.

Hoy, pídele a Dios que abra tus ojos. Esa persona que te irrita podría ser tu campo misionero. Esa conversación que has estado evitando podría ser una cita divina. Camina sabiamente. El mundo está observando y la eternidad está en juego.

ORACIÓN:

Señor Jesús, perdóname por las veces en que he estado tan concentrado en mi propia agenda que he perdido las oportunidades que Tú has puesto delante de mí. Dame ojos para ver a las personas como Tú las ves: almas preciosas que necesitan Tu amor. Concédeme sabiduría para saber cómo vivir y hablar de maneras que atraigan a otros hacia Ti y no los aleje. Ayúdame a estar plenamente presente en cada momento, atento a la guía de Tu Espíritu. Haz que mi vida refleje claramente Tu gracia, paciencia y verdad. Úsame hoy como Tu testigo en este mundo observador. En Tu nombre. Amén.

LA URGENCIA DE HACER EL BIEN

“Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos el bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe”. Gálatas 6:10 (NVI)

Las oportunidades no esperan. Llegan sin aviso, permanecen por un momento y luego desaparecen. El vecino que necesita ayuda para mudarse encontrará a otra persona. La madre soltera que lucha con las compras del supermercado se las arreglará sola. El compañero de trabajo que está de duelo asumirá que a nadie le importa. Pablo entendía bien esta realidad cuando escribió a la iglesia en Galacia: ‘siempre que tengamos la oportunidad’.

La implicación es clara: las oportunidades para hacer el bien tienen su tiempo. Van y vienen. O las aprovechamos o las perdemos. Las buenas intenciones del mañana no redimen las oportunidades perdidas hoy.

Observa que Pablo no dice ‘si tenemos la oportunidad’, sino ‘siempre que tengamos la oportunidad’. Da por hecho que las oportunidades llegarán. Dios las entreteje en la vida diaria. La pregunta no es si nos encontraremos con ocasiones para hacer el bien, sino si las reconoceremos y actuaremos cuando se presenten.

El alcance de nuestra bondad hermosamente amplio: “a todos”. Nuestra bondad no debe reservarse sólo para quienes se parecen a nosotros, piensan como nosotros o votan como nosotros. El Evangelio derriba barreras y nos impulsa a una generosidad radical. El vecino difícil merece nuestra ayuda. El oponente político merece nuestro respeto. El desconocido merece nuestra compasión. Al hacer el bien a todos, reflejamos el corazón de Dios, quien hace salga el sol sobre malos y buenos.

Sin embargo, Pablo añade una aclaración importante: “y en especial a los de la familia de la fe”. Esto no es favoritismo, es prioridad. La iglesia está llamada a ser una comunidad contracultural donde el amor se hace visible, las cargas se comparten y nadie sufre en soledad. Cuando los creyentes se cuidan unos a otros de manera sacrificial, el mundo que observa lo nota. El mismo Jesús dijo que el amor entre nosotros sería la señal que nos identifica como sus discípulos.

¿Cuántas necesidades existen ahora mismo dentro de la familia de tu iglesia? Padres solteros agotados. Hermanos mayores que ya no pueden mantener sus hogares. Matrimonios jóvenes ahogados por gastos médicos. Viudas que comen solas. Estos no son problemas abstractos; son oportunidades para un amor hecho carne. Cuando

las ignoramos, no solo le fallamos a nuestros hermanos y hermanas, también debilitamos nuestro testimonio ante el mundo.

Hacer el bien requiere más que buenos sentimientos. Exige acción: a veces acción incómoda y costosa. Puede significar dedicar un sábado para ayudar en una mudanza. Puede significar abrir tu casa para compartir una comida. Puede implicar usar tus ahorros para cubrir una necesidad urgente de alguien. O puede ser algo tan sencillo como estar presente, acompañar y ofrecer el ministerio de tu atención y cuidado.

Pero hay algo que a menudo pasamos por alto: hacer el bien no es una carga que soportar, es un privilegio que aceptar. Se nos concede participar en la obra redentora de Dios en el mundo. Nos convertimos en sus manos y sus pies, en una expresión tangible de su amor. Y en el proceso, somos transformados. No hay nada que combate el egoísmo, la ansiedad y la apatía espiritual como lo hace el servicio sacrificial.

Hoy, Dios te presentará oportunidades para hacer el bien. Algunas serán evidentes; otras requerirán sensibilidad espiritual. Algunas serán convenientes; otras te costarán algo. La pregunta es: ¿las aprovecharás?

No esperes las circunstancias perfectas ni el momento ideal. Siempre que tengas la oportunidad —ahora, hoy, en este momento— haz el bien.

ORACIÓN:

Padre celestial, abre mis ojos para ver las oportunidades que pones delante de mí de hacer el bien hoy. Perdóname por las veces en que he pasado de largo ante una necesidad por conveniencia, el ajetreo o la indiferencia. Dame un corazón que se preocupe genuinamente por los demás, tanto dentro de tu iglesia como fuera de ella. Ayúdame a ver las interrupciones como citas divinas y las necesidades como oportunidades para demostrar tu amor. Concédeme generosidad con mi tiempo, mis recursos y mis fuerzas. Hazme rápido para actuar, lento para poner excusas y dispuesto a servir. Que mi vida rebose de la bondad que nace de conocerte a ti. En el nombre de Jesús. Amén.

LECCIONES DEL AULA MÁS PEQUEÑA

“Ve a la hormiga, perezoso; observa sus caminos y sé sabio. No tiene quien la mande, ni capataz ni gobernante; con todo, almacena sus provisiones en el verano y recoge su comida en la cosecha”. Proverbios 6:6-8 (NVI)

El plan de estudios de Dios para la sabiduría a veces viene de maestros inesperados. Aquí, Salomón envía al perezoso quizá al salón de clases más humilde que se pueda imaginar: un hormiguero. El mensaje es profundo y nos llama a la humildad. Si quieres aprender sobre diligencia, iniciativa y previsión, observa a una criatura tan pequeña que podrías aplastarla con el pie.

La palabra ‘perezoso’ es incómoda. No es una corrección suave, sino una confrontación directa. El perezoso es alguien que sabe lo que debe hacer, pero lo pospone constantemente. Tiene planes, intenciones y buenas ideas... para mañana. Empezará ese proyecto, reparará esa relación, responderá a ese llamado... algún día. Mientras tanto, la vida sigue, las oportunidades se desvanecen y el potencial se marchita en la vid de la procrastinación.

Ahora, mira a la hormiga. Esta pequeña criatura encarna todo lo que le falta al perezoso. Nota lo que Salomón resalta: la hormiga trabaja sin motivación externa. ‘No tiene quien la mande, ni capataz ni gobernante’. Nadie está sobre ella con amenazas o recompensas. Nadie supervisa cada uno de sus movimientos. La hormiga actúa por iniciativa propia, guiada por la sabiduría de hacer lo que debe hacerse.

Qué confrontador resulta esto para nosotros. Muchas veces esperamos presión externa para actuar: una fecha límite inminente, un cónyuge molesto, una crisis financiera, un susto de salud. Necesitamos que alguien nos empuje, nos recuerde o nos exija. Pero los cristianos maduros, como la hormiga sabia, desarrollan una motivación interna. Hacen lo correcto porque es lo correcto, no porque alguien los esté observando.

La sabiduría de la hormiga también se manifiesta en el manejo del tiempo y la preparación. Durante el verano, la temporada de abundancia, ella ya está pensando en el invierno. Cuando hay alimento, lo recoge y lo almacena. No desperdicia la época de cosecha durmiendo o distraída. Entiende que las temporadas cambian, que la abundancia de hoy puede convertirse en la escasez de mañana, y que el momento de prepararse es ahora, no después.

Este principio se aplica a todas las áreas de la vida. En lo espiritual, ¿estamos guardando la Palabra de Dios en nuestro corazón en tiempos de paz, sabiendo que vendrán pruebas? En lo relacional, ¿estamos invirtiendo en nuestros matrimonios y familias cuando todo va bien, construyendo reservas de amor y confianza que nos sostendrán en tiempos difíciles? En lo financiero, ¿practicamos una buena mayordomía y previsión, o vivimos como si la cosecha fuera a durar para siempre?

El problema del perezoso no es solo la falta de acción; es la falta de visión. No logra ver más allá del momento presente. La hormiga, en lo pequeña que es, posee una sabiduría que el perezoso no tiene: la capacidad de conectar las acciones de hoy con las consecuencias de mañana.

Pero aquí está la esperanza que contiene este proverbio. Salomón no dice: ‘ridiculiza al perezoso’. Dice ‘Ve a la hormiga... y sé sabio’. Es una invitación, no una condena. Puedes aprender. Puedes cambiar. Puedes desarrollar la iniciativa y la previsión que Dios desea para ti.

¿Qué cosecha está poniendo Dios hoy delante de ti? ¿Qué oportunidades existen ahora que quizá no estén mañana? ¿Qué trabajo necesita hacerse y has estado postergando? La hormiga no espera condiciones perfectas ni una motivación especial. Simplemente hace lo que la sabiduría demanda.

Hoy, aprende del más pequeño de los maestros. Trabaja mientras es de día. Prepárate para mañana. Aprovecha las oportunidades que tienes delante. Sé sabio.

ORACIÓN:

Padre Dios, muéstrame las áreas en las que he sido perezoso en espíritu y en acción. Perdóname por desperdiciar temporadas de oportunidad a causa de la procrastinación y la falta de diligencia. Concédeme la sabiduría de la hormiga: iniciativa sin necesidad de supervisión constante, visión para prepararme para las temporadas futuras y diligencia para hacer hoy lo que debe hacerse. Ayúdame a conectar mis decisiones presentes con las consecuencias futuras. Rompe en mí los patrones de postergación y de excusas. Forma en mí una obediencia auto motivada que fluye desde un amor por ti y de administrar bien la vida que me has dado. Hazme fiel en las temporadas de cosecha que Tú provees. En el nombre de Jesús. Amén.

HAZLO AHORA CON TODAS TUS FUERZAS

“Todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo empeño, porque en el sepulcro, adonde te diriges, no hay trabajo ni planes ni conocimiento ni sabiduría”. Eclesiastés 9:10 (NVI)

Salomón, desde la sabiduría acumulada a lo largo de su vida, nos entrega una verdad sobria: nuestra ventana de oportunidad se está cerrando. La muerte es la gran igualadora, la fecha límite final que vuelve irrelevante toda postergación. El trabajo que dejas para mañana quizá nunca se haga. El amor que postergas en expresar puede quedar sin decirse. Los sueños que aplazas pueden morir contigo.

Esto no pretende ser mórbido; pretende motivarnos. Salomón nos está sacudiendo de la peligrosa ilusión de que tenemos tiempo ilimitado. No lo tenemos. Nadie lo tiene. Y una vez cruzamos a la eternidad, las oportunidades de esta vida se pierden para siempre.

‘Todo lo que te venga a la mano’: Observa el tiempo presente, la inmediatez. No lo que tal vez harás algún día, ni lo que estás considerando hacer, sino lo que está justo delante de ti ahora, a tu alcance. Ese es el trabajo que Dios ha puesto hoy en tus manos. Puede ser algo cotidiano: cambiar pañales, responder correos, lavar platos. Puede ser algo significativo: escribir ese libro, iniciar ese ministerio, tener esa conversación crucial. Sea lo que sea, merece tu atención completa.

‘Hazlo con todo empeño’: Esta frase derriba la excusa del esfuerzo a medias. Salomón no está promoviendo una adicción obsesiva al trabajo, sino una entrega total a la tarea presente. Ya sea que estés predicando a miles o sirviendo a una sola persona, liderando una empresa o barriendo un piso, hazlo plenamente, con excelencia, de manera completa. Entrega todo lo que tienes.

Este principio aplica a todas las áreas de la vida. En el matrimonio, ama con todas tus fuerzas; no vivas en piloto automático ni permitas que el afecto se enfríe. En la crianza, invierte con todas tus fuerzas; estos años con tus hijos pasan rápido. En el trabajo, sirve con todas tus fuerzas; como para el Señor, no solo para agradar a las personas. En el ministerio, da con todas tus fuerzas; almas eternas están en juego.

La urgencia se intensifica cuando consideramos la razón que da Salomón: adónde vas, no hay trabajo, ni planes, ni conocimiento, ni sabiduría. La muerte pone fin a nuestras oportunidades terrenales. No puedes discipular desde la tumba. No puedes reconciliar una relación

rota después de partir. No puedes compartir el Evangelio con tu vecino cuando ya no estás. El campo de tu vida en la tierra un día será cosechado por última vez.

Esto no significa vivir con ansiedad frenética, tratando de hacerlo todo al mismo tiempo. Significa vivir con intencionalidad y pasión en la etapa y el llamado que Dios te ha dado ahora. Significa negarte a ‘caminar dormido’ por tu única y valiosa vida. Significa rechazar la parálisis del perfeccionismo que dice: “Si no puedo hacerlo perfecto, mejor no lo hago”.

Algunos que leen esto han estado esperando el momento perfecto, las circunstancias ideales, la claridad total antes de actuar. El mensaje de Salomón es claro: el momento perfecto es ahora. Todo lo que te venga a la mano, hazlo. Hazlo hoy. Hazlo con todas tus fuerzas.

Porque el mañana no está garantizado, y la tumba no recibe currículos.

ORACIÓN:

Señor, perdóname por vivir como si tuviera tiempo ilimitado. Despiértame del adormecimiento de la complacencia y la postergación. Muéstrame con claridad lo que has puesto hoy a mi alcance: las relaciones que debo cuidar, el trabajo que debo completar, la bondad que debo extender, la verdad que debo hablar. Dame fuerzas para hacerlo con todo empeño, no a medias ni de mala gana, sino con una entrega total. Enséñame a contar mis días para adquirir un corazón sabio. Que la realidad de mi fragilidad no me lleve al temor, sino a una vida fiel y apasionada. Ayúdame a terminar bien la obra que me has encomendado. En el nombre de Jesús. Amén.

LA TEMPORADA DE LA OPORTUNIDAD

“El [hijo] sabio cosecha en el verano, pero el que se duerme durante la siega es una vergüenza”. Proverbios 10:5 (NVI)

La agricultura no perdona errores. Si se pierde la ventana de la cosecha, el trabajo de todo un año se pudre en el campo. Si se duerme durante la temporada de siembra, la familia pasa hambre. Las sociedades agrarias antiguas entendían algo que mucha gente moderna a menudo olvida: el tiempo importa, y algunas oportunidades no se repiten.

Salomón nos presenta a dos hijos. Ambos tienen el mismo campo, la misma cosecha y la misma oportunidad. La diferencia no está en sus circunstancias, sino en su respuesta. Uno reconoce la temporada y actúa en consecuencia. El otro se cubre con la manta mientras la oportunidad se marchita frente a él.

El hijo prudente entiende que el verano, la temporada de cosecha, exige acción. Este no es el tiempo para ocio, excusas ni postergación. La cosecha está madura. La ventana de buen clima es breve. Lo que debe hacerse, debe hacerse ahora, no mañana ni la próxima semana. Por eso se levanta temprano, trabaja con empeño y recoge la cosecha. Su diligencia honra a su padre, provee para su familia y asegura su futuro.

El hijo que duerme, en cambio, se convierte en motivo de vergüenza. No necesariamente es malvado ni rebelde; simplemente es perezoso. Sabe que la cosecha está lista, pero no tiene ganas de levantarse. Tal vez está cansado. Tal vez lo haga mañana. Tal vez alguien más se encargue. Pero las cosechas no esperan, y el mañana muchas veces no llega. Su negligencia trae deshonra porque desperdicia lo que otros trabajaron para hacer crecer.

¿Cómo habla este proverbio antiguo a nuestra realidad actual? Puede que no recojamos cosechas literales, pero todos enfrentamos temporadas de cosecha: momentos en los que la oportunidad madura y exige una respuesta. Son esos tiempos en los que Dios abre puertas, muestra pasos claros o coloca responsabilidades directamente en nuestras manos.

Tal vez es la temporada de hijos pequeños en tu hogar. Estos años son tiempo de cosecha para formar corazones, crear memorias e inculcar la fe. No se pueden recuperar una vez que pasan. ¿Estarás presente y comprometido, o dormirás durante esta temporada irrepetible, distraído por pantallas y ambiciones profesionales?

Quizá es una temporada de hambre espiritual inusual en tu corazón o en tu comunidad. Dios está obrando, las personas están abiertas y las oportunidades para ministrar abundan. Es tiempo de cosecha. ¿Darás un paso al frente para servir, o pondrás excusas diciendo que estás demasiado ocupado, cansado o que no te sientes capaz?

Tal vez es una temporada de cosecha relacional: una oportunidad para reconciliarte con un familiar distanciado, compartir a Cristo con un amigo que está buscando, mentoriar y formar a alguien más joven en la fe. Estas oportunidades tienen fecha de vencimiento. Los corazones abiertos hoy pueden endurecerse mañana. Las personas que están hoy pueden no estar después.

La tragedia no es que el hijo que dormía enfrentará circunstancias difíciles. La tragedia es que tenía todo lo necesario y simplemente no actuó. ¿Cuántos de nosotros estaremos delante de Dios habiendo dormido durante nuestras temporadas de cosecha? ¿Cuántas oportunidades habremos desperdiciado no por incapacidad, sino por inacción?

Dios es soberano sobre las temporadas. Él las trae en su tiempo perfecto. Pero Él espera que las reconozcamos y respondamos con diligencia. La persona prudente se pregunta: ¿en qué temporada estoy? ¿Qué está listo para ser cosechado en mi vida ahora mismo? ¿Qué oportunidades existen hoy que quizá no estén mañana?

No seas quien duerme mientras la cosecha se pierde. Sé prudente. Sé atento. Sé activo. La temporada es corta y los campos están listos.

ORACIÓN:

Padre celestial, dame ojos para reconocer las temporadas que Tú orquestas en mi vida. Ayúdame a discernir cuándo es tiempo de sembrar, cuándo es tiempo de esperar y cuándo es tiempo de cosechar. Perdóname por las oportunidades que he dejado pasar: las relaciones que he descuidado, los llamados que he ignorado, las puertas abiertas que no he cruzado por pereza o temor. Despiértame de la apatía espiritual y de la complacencia cómoda. Dame la diligencia para actuar cuando es necesario, la sabiduría para reconocer la temporada en la que estoy y el valor para responder con fidelidad. No permitas que traiga deshonra a Tu nombre, desperdiciando las temporadas de cosecha que Tú provees. Hazme un siervo prudente que te honra con una obediencia oportuna. En el nombre de Jesús. Amén.

LISTOS O NO

“Por lo tanto, manténganse despiertos, porque no saben el día ni la hora”. Mateo 25:13 (NVI)

Jesús cuenta una historia que debería inquietarnos. Diez vírgenes esperan la llegada del novio. Todas tienen lámparas. Todas saben que el novio viene. Todas esperan con anticipación. Sin embargo, cuando finalmente llega, solo la mitad está preparada. Las que no lo estaban golpean la puerta, rogando que se les permita entrar, pero escuchan unas de las palabras más estremecedoras que se puedan imaginar: ‘Les aseguro que no las conozco’.

¿Qué separa a las prudentes de las insensatas? No es que las insensatas no tuvieran lámparas; las tenían. No es que no estuvieran invitadas; lo estaban. Ni siquiera es que no se presentaran; llegaron. La diferencia fue la preparación. Las prudentes llevaron aceite extra. Las insensatas asumieron que lo que tenían sería suficiente.

Cuando el novio se demoró, todas se quedaron dormidas; tanto las prudentes como las insensatas. Pero cuando a medianoche se escuchó el grito: ‘¡Aquí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!’, la diferencia se hizo evidente. Las prudentes arreglaron sus lámparas y estaban listas. Las insensatas se dieron cuenta, demasiado tarde, de que sus lámparas se estaban apagando. No tenían reservas.

Lo que hace esta parábola tan sobria es que las vírgenes insensatas intentaron resolver la situación. No se rindieron. Fueron a comprar aceite. Pero el tiempo importa. Hay preparaciones que no se pueden hacer en el momento de la crisis. No se puede improvisar para la eternidad. Cuando la puerta se cerró, quedó cerrada. Sus golpes desesperados no cambiaron nada.

Jesús está hablando de su regreso, pero el principio se extiende a cada temporada de oportunidad en nuestra vida. ¿Estamos viviendo con preparación o apenas sobreviviendo con lo mínimo? ¿Estamos cultivando nuestra relación con Cristo día a día, o asumimos que las experiencias pasadas nos sostendrán? ¿Estamos formando reservas espirituales mediante la oración, la Palabra y la obediencia, o estamos espiritualmente agotados, funcionando con el estanque vacío?

La demora del novio es significativa. No llegó cuando se esperaba. Eso puso a prueba la preparación de todas. Es fácil mantenerse alerta por una hora. Es mucho más difícil perseverar en la preparación cuando la espera se alarga: días, meses, años. Muchos comienzan bien, pero

se cansan. Asumen que todavía hay tiempo. Más adelante se tomarán en serio su fe. Algún día lidiarán con ese pecado. En otro momento buscarán reconciliar esa relación.

Pero la oportunidad no anuncia su última partida. La puerta se cierra cuando se cierra. La muerte no envía invitaciones al calendario. El regreso de Cristo no se postergará para acomodarse a nuestra falta de preparación. El novio llega cuando llega.

Observa también que las prudentes no pudieron compartir su aceite. Esto no es egoísmo; es imposibilidad. Hay cosas que no se pueden prestar ni transferir. No puedes depender de la relación de otra persona con Jesús. La fe de tus padres no te salvará. La devoción de tu cónyuge no te sostendrá. Cada uno necesita su propio aceite, su propia relación genuina con Cristo, su propio corazón preparado.

Jesús concluye con absoluta claridad: ‘Manténganse despiertos, porque no saben el día ni la hora’. No es un llamado a la ansiedad paranoica, sino a una fidelidad constante. Vive preparado. No des por sentado el mañana. Cultiva hoy tu relación con Cristo. Trata con el pecado ahora, no después. Busca esa reconciliación con esa mientras aún puedes. Comparte el Evangelio mientras las personas todavía escuchan.

El novio viene. La única pregunta es: ¿estarás listo?

ORACIÓN:

Señor Jesús, confieso que muchas veces vivo como si tuviera tiempo ilimitado para ordenar mi vida espiritual. Postergo la obediencia, retraso el arrepentimiento y me apoyo en experiencias pasadas en lugar de buscarte cada día. Perdóname por esa presunción insensata. Dame sabiduría para preparar mi corazón ahora, para formar reservas espirituales mediante una vida constante en tu Palabra y en oración, y para tratar con el pecado de inmediato en lugar de permitir que permanezca. Ayúdame a vivir con preparación, no con temor ansioso, sino con una expectativa gozosa de tu regreso. No permitas que sea sorprendido sin estar listo cuando tú vengas o cuando lleguen mis últimas oportunidades. Llena mi lámpara de aceite. Mantén mi corazón despierto y vigilante. Quiero oír ‘Bien hecho’, no ‘Nunca te conocí’. Ven, Señor Jesús. Encuéntrame preparado. Amén.

VESTIDOS Y PREPARADOS

“Manténganse listos, con la ropa bien ajustada y las lámparas encendidas, como los criados que esperan a que su señor regrese de un banquete de bodas, para abrirle la puerta tan pronto como llegue y llame”. Lucas 12:35–36 (NVI)

Jesús presenta una imagen muy clara: siervos que esperan durante la noche, completamente vestidos para trabajar, con las lámparas arregladas y encendidas, atentos y listos para actuar en el momento en que su señor llegue. No se trata de una espera pasiva ni adormecida. Es una preparación activa y expectante, la postura de quienes creen que el regreso de su señor es inminente y desean ser hallados fieles.

‘Manténganse listos’ para servir significa literalmente ‘ceñidos los lomos’, la imagen de recogerse la túnica y ajustarla al cinturón para poder moverse con rapidez sin tropezar. Es la actitud de alguien preparado para actuar de inmediato, no de alguien que está en pijama, cómodamente esperando tener unos minutos más para dormir. Jesús nos llama a vivir en un estado constante de estar listos, no de letargo espiritual.

Las lámparas deben seguir encendidas. La oscuridad rodea. El señor llega a una hora desconocida. Estos siervos no pueden darse el lujo de dejar que su luz se apague, de quedarse sin aceite, de ser sorprendidos sin estar listos. La lámpara encendida representa una vitalidad espiritual sostenida: una vida continuamente alimentada por la oración, la Escritura, la obediencia y la comunión con Cristo. No basta con haber estado encendidos para Dios en el pasado. La pregunta es: ¿estás ardiendo ahora?

Luego Jesús añade algo sorprendente. Dice: ‘Dichosos los siervos a quienes su señor encuentre vigilantes cuando llegue. Les aseguro que se ceñirá la túnica, los hará sentar a la mesa y él mismo se pondrá a servirles’. Imagina eso: ¡el señor sirviendo a los siervos fieles! Este vuelco refleja el corazón del Evangelio. Jesús, el Rey de reyes, no vino para ser servido, sino para servir. Y quienes lo esperan fielmente recibirán una recompensa mucho mayor de lo que podrían imaginar.

Pero también hay urgencia. ‘Pero entiendan esto: si un dueño de casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, no lo dejaría forzar la entrada. Así mismo deben ustedes estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen’.

El ladrón no anuncia su llegada. El regreso de Cristo tampoco seguirá nuestros tiempos ni expectativas. Podría venir en la primera vigilia, en

la segunda o en la tercera. Podría venir cuando somos jóvenes y fuertes, o cuando estamos cansados y envejecidos. Podría venir cuando la vida parece estable o cuando todo es caos. El punto es que no lo sabemos, y esa incertidumbre debe moldear la manera en que vivimos cada día.

Esto no es un llamado a abandonar la vida normal y quedarnos mirando al cielo. Es un llamado a vivir con una perspectiva eterna que impregne nuestras actividades diarias. Significa trabajar con diligencia como para el Señor, sabiendo que podría regresar hoy. Significa mantener cuentas cortas con Dios y con los demás, sin permitir que el pecado o la amargura se acumulen. Significa invertir en lo que tiene valor eterno y no desperdiciar la vida en lo que finalmente se consumirá.

¿Estás vestido y preparado? ¿Tu lámpara está encendida? Si Jesús regresara esta noche, ¿te encontraría sirviendo fielmente? ¿O espiritualmente dormido? Si la muerte llamara a tu puerta mañana, ¿estarías listo para encontrarte con tu Señor?

No esperes. No asumas que tienes tiempo. Mantente alerta. Mantén tu lámpara encendida. Vive preparado. Porque Él viene a la hora menos pensada.

ORACIÓN:

Señor Jesús, confieso que muchas veces vivo como si este mundo fuera todo lo que existe, como si tuviera tiempo ilimitado para arreglar mi relación contigo. Perdóname por la somnolencia espiritual y la complacencia. Despierta mi corazón a la realidad de tu regreso inminente. Ayúdame a vivir vestido y preparado, dispuesto a servir, atento a tu dirección y fiel en las tareas que me has confiado. Mantén la lámpara de mi fe ardiendo con una comunión constante contigo, obediencia inmediata y devoción total. No permitas que sea hallado desprevenido o infiel cuando regreses. Concédeme la gracia de vivir el día de hoy como si fuera el último, invirtiendo en lo que tiene valor eterno. Anhelo oírte decir: 'Bien hecho, siervo bueno y fiel'. Ven pronto, Señor Jesús. Encuéntrame vigilante y listo. Amén.

UNA FE QUE ACTÚA

“Así también la fe, si no tiene obras, está muerta”. Santiago 2:17 (NVI)

Santiago no anda con rodeos. Está hablándole a una iglesia que se ha acomodado a una fe que no cuesta nada, no transforma nada y no hace nada. Tienen ortodoxia sin ortopraxis: creencias correctas sin acciones correctas. Confiesan la verdad con los labios, pero su manera de vivir cuenta una historia distinta. Y Santiago lo declara con claridad: ese tipo de fe está muerta.

La fe muerta parece religiosa. Conoce las respuestas correctas, asiste a los cultos adecuados y usa el vocabulario correcto. Puede explicar teología y citar las Escrituras. Pero permanece inerte, sin vida, sin producir nada. Como un cuerpo que alguna vez tuvo vida pero ahora yace inmóvil, la fe muerta puede conservar la forma de la religión, pero carece del poder que da vida y que proviene de una confianza genuina en Cristo.

Santiago lo ilustra con un ejemplo contundente: ‘Supongamos que un hermano o una hermana no tiene con qué vestirse y carece del alimento diario, y uno de ustedes le dice: ‘Vaya en paz; abríguese y coma hasta saciarse’, pero no le da lo necesario para el cuerpo. ¿De qué servirá eso?’. La escena dolorosamente conocida. Vemos la necesidad. Sentimos una compasión momentánea. Ofrecemos frases que suenan espirituales. Y luego no hacemos absolutamente nada.

Esto no es compasión, es crueldad disfrazada de lenguaje religioso. Es más fácil decir: ‘Voy a orar por ti’ que escribir un cheque, abrir nuestro hogar o sacrificar nuestro tiempo. Pero Santiago deja en evidencia estas palabras vacías por lo que realmente son: una evidencia de fe muerta. La fe real, viva y genuina, nos impulsa a actuar. Abre nuestra billetera, nuestra agenda y nuestro corazón.

Entender esta verdad debería sacudirnos de la complacencia. Con qué frecuencia encontramos oportunidades para demostrar nuestra fe con acciones concretas y no hacemos nada. La persona sin hogar a la que pasamos de largo sin siquiera reconocer. El padre o madre soltera que lucha y a quien queremos ayudar, pero nunca lo hacemos. El miembro anciano de la iglesia que come solo mientras estamos demasiado ocupados para visitarlo. El vecino que atraviesa una crisis mientras nosotros mantenemos una cómoda distancia.

Somos expertos en justificar nuestra inacción. ‘No tengo tiempo’. ‘Alguien más ayudará’. ‘No sé qué decir’. ‘Mi aporte no hará una diferencia’. Pero estas excusas revelan la condición de nuestra fe.

Si nuestra fe en Cristo está verdaderamente viva, nos empuja hacia afuera, más allá de nosotros mismos, hacia la realidad complicada de amar a personas reales de maneras concretas.

Santiago no está enseñando salvación por obras. Está enseñando que la fe salvadora genuina inevitablemente produce obras. La fe y las obras no compiten como fuentes de salvación; son compañeras inseparables. La fe es la raíz; las obras son el fruto. No puedes tener una sin la otra. Un árbol sin fruto está muerto. La fe sin obras está muerta.

Esto debe llevarnos a un examen serio del corazón. Qué evidencia hay de que tu fe está viva. No lo que crees, sino cómo vives. No lo que confiesas, sino lo que haces. Tu fe en Cristo: ¿ha realmente cambiado la manera en que usas tu dinero, tu tiempo y tu energía? Esa fe: ¿te mueve hacia las personas necesitadas o te aleja de ellas?

Las oportunidades están por todas partes. La pregunta es si nuestra fe está lo suficientemente viva como para responder. La fe muerta observa, simpatiza y sigue de largo. La fe viva ve la necesidad y actúa. No espera el momento conveniente ni las circunstancias cómodas. Simplemente responde, porque la fe genuina no puede permanecer inactiva.

¿Está viva tu fe? Deja que tus acciones respondan.

ORACIÓN:

Señor Jesús, pon al descubierto cualquier muerte que haya en mi fe. Perdóname por las veces que me he escondido detrás de palabras religiosas mientras no hacía nada por quienes estaban en necesidad. Confróntame cuando ofrezco frases vacías en lugar de ayuda tangible. Dame ojos para ver las oportunidades a mi alrededor y un corazón que responda de inmediato. Rompe mis excusas, mi comodidad y mi egoísmo. Que mi fe no se evidencie solo en lo que profeso, sino en la manera en que vivo, en el amor que muestro, en las necesidades que atiendo y en los sacrificios que hago. Transforma mi creencia en acción, mi teología en práctica, mis palabras en hechos. No quiero una fe que solo suene cristiana; quiero una fe que viva, respire y se mueva porque Tú estás vivo en mí. Haz que mi fe sea auténtica, activa e innegablemente viva. En tu nombre. Amén.

LA EXCELENCIA ABRE PUERTAS

“¿Has visto a alguien hábil en su trabajo? Se codeará con reyes, y no será servidor de gente común”. Proverbios 22:29 (NVI)

La excelencia tiene un poder magnético. Atrae atención, abre puertas y crea oportunidades que la mediocridad nunca encuentra. Salomón observa un principio atemporal: el trabajo bien hecho eleva a las personas a posiciones de influencia y honra. Quien domina su oficio, quien persigue la excelencia en lugar de conformarse con lo aceptable, termina llegando a lugares que nunca imaginó.

Pero fíjate en lo que Salomón resalta: no solo el talento natural, sino la habilidad. La habilidad es el talento refinado por medio de la disciplina, la práctica y la dedicación. Es el resultado de presentarse día tras día, haciendo el trabajo aun cuando la inspiración se desvanece, y buscar la maestría cuando otros se conforman con lo básico. Cualquiera puede apoyarse por un tiempo en la habilidad natural, pero la verdadera destreza se forja en el fuego del esfuerzo constante y diligente.

Este principio trasciende las vocaciones. Ya seas carpintero o director ejecutivo, maestro o técnico, ama de casa o trabajador de la salud, el llamado es el mismo: sé hábil en lo que haces. No te conformes con la mediocridad. No hagas solo lo necesario para salir del paso. Persigue la excelencia como un acto de adoración. Porque, en última instancia, todo lo que haces con tus manos lo haces para el Señor.

Cuando afrontas tu trabajo con esta mentalidad, algo cambia. Ya no solo cumples un horario o ganas un salario. Estás administrando las capacidades que Dios te dio, representando a Cristo en tu lugar de trabajo y preparándote para oportunidades que todavía no puedes ver. La excelencia en lo pequeño te capacita para responsabilidades mayores. La fidelidad en el anonimato te posiciona para la influencia.

‘Se codeará con reyes’. Esto no es una promesa de fama o riqueza, sino de una influencia ampliada. La excelencia crea plataformas. La capacidad administrativa de José lo llevó de la prisión a primer ministro (lenguaje moderno). La sabiduría de Daniel lo puso delante de varios reyes. La valentía de David con una honda lo preparó para el trono. En cada caso, su excelencia en las responsabilidades presentes abrió puertas hacia oportunidades futuras.

Considera esto en lo práctico. El empleado que entrega trabajo de calidad de manera constante es notado. El artesano conocido por su integridad y excelencia construye una reputación que atrae clientes. El

ministro que sirve fielmente a una congregación pequeña puede llegar a ser confiado con un mayor rebaño. El padre o la madre que cría a sus hijos con diligencia y sabiduría está preparando a la próxima generación de líderes. La excelencia se multiplica con el tiempo.

Pero hay algo que no debemos olvidar: buscamos la excelencia para la gloria de Dios, no para nuestro propio avance. En el momento en que la habilidad se convierte en autopromoción en lugar de servicio, hemos perdido el rumbo. El objetivo no es servir delante de reyes; eso es solo una consecuencia natural. El objetivo es honrar a Dios dando lo mejor de nosotros con lo que Él nos ha confiado.

Así que dondequiera que estés hoy, en una oficina, un salón de clases, una obra en construcción o una cocina: trabaja con habilidad. No lo hagas a medias. No tomes atajos. No te conformes con lo mediocre. Haz tu trabajo con tal excelencia que refleje bien al Dios a quien sirves. Desarrolla tus habilidades intencionalmente. Aprende continuamente. Mejora consistentemente.

Tal vez no veas las puertas que tu excelencia abrirá. Quizás no sepas qué ‘rey’ está observando. Pero Dios ve tu trabajo fiel. Él honra la diligencia. Y cuando el tiempo es el correcto, Él abre puertas que nadie puede cerrar.

Haz tu trabajo con destreza. Confía en Dios con las oportunidades. La excelencia siempre encuentra a su audiencia.

ORACIÓN:

Padre, perdóname por las veces en que me he conformado con la mediocridad, haciendo solo lo necesario en lugar de buscar la excelencia. Ayúdame a ver mi trabajo, sea cual sea, como una oportunidad para honrarte y ser de buen servicio a otros. Dame la disciplina para desarrollar mis habilidades, la humildad para seguir aprendiendo y la diligencia para dar lo mejor aun cuando nadie me esté viendo. Que mi ética de trabajo sea un testimonio de tu poder transformador en mi vida. No busco reconocimiento ni avance para mi propia gloria, sino ser un buen mayordomo de las capacidades que me has dado. Prepárame en lo pequeño (a través de la fidelidad) para las oportunidades mayores que Tú has planeado. Hazme una persona conocida por la excelencia, la integridad y la habilidad, no por mi propio bien, sino para que tu nombre sea honrado por medio de mi vida y mi trabajo. En el nombre de Jesús. Amén.

CONTAR BIEN NUESTROS DÍAS

“Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría”. Salmos 90:12 (NVI)

Moisés, quien escribió este salmo, entendía profundamente la realidad de la mortalidad. Había visto morir a toda una generación en el desierto: personas fieles que nunca llegaron a la tierra prometida porque desperdiciaron su oportunidad. Había visto cómo el tiempo se agotaba para miles. Desde esa experiencia impactante surge esta oración: ‘enséñanos a contar bien nuestros días’.

No pensamos así de manera natural. Vivimos como si tuviéramos un número infinito de días por delante. Postergamos conversaciones importantes, retrasamos cambios necesarios y asumimos que las oportunidades nos esperarán. Gastamos horas en trivialidades mientras descuidamos lo que realmente importa. Tratamos el tiempo como si fuera ilimitado cuando, en realidad, es nuestro recurso más valioso y más frágil.

‘Contar bien nuestros días’ significa reconocer que son finitos, reconocer sus limitaciones y sentir su peso. No es pesimismo morboso; es sabiduría realista. Tienes un número determinado de días en esta tierra. Ni uno más ni uno menos. Y ese número está disminuyendo cada día. Cada amanecer te acerca un día más al final. Esta verdad debería moldear toda nuestra manera de vivir.

Cuando de verdad comprendemos la brevedad de la vida, las prioridades se ordenan. ¿Ese rencor que has estado alimentando? La vida es muy corta. ¿Ese sueño que sigues postergando? Ahora es el tiempo. ¿Esa relación que has descuidado? El mañana no está garantizado. ¿Ese pecado que has estado tolerando? Te está robando días que no puedes darte el lujo de perder.

Observa cómo Moisés conecta el contar los días con la sabiduría: ‘para que nuestro corazón adquiera sabiduría’. La sabiduría no se trata principalmente de inteligencia o educación, sino de vivir con destreza a la luz de la eternidad. La persona sabia organiza su vida alrededor de lo que realmente importa. Invierte en relaciones que perduran. Persigue propósitos que trascienden la tumba. Toma decisiones hoy de las que se alegrará en la eternidad.

El necio, en cambio, vive solo para el momento. Persigue placeres temporales y acumula cosas que no puede conservar. Dedicar décadas a construir carreras, reunir posesiones y buscar comodidad, solo para

descubrir demasiado tarde que nada de eso llegará a la eternidad. El necio cambia lo permanente por lo temporal, lo eterno por lo inmediato.

Más atrás en este salmo, Moisés escribe: ‘Algunos llegamos hasta los setenta años, quizás alcancemos hasta los ochenta, si las fuerzas nos acompañan. Tantos años de vida, sin embargo, solo traen problemas y penas: pronto pasan y volamos’. Setenta u ochenta años—eso equivale aproximadamente a entre 25.000 y 29.000 días. Parece mucho hasta que empiezas a restar. ¿Cuántos ya han pasado? ¿Cuántos quedan?

Esta conciencia no debería paralizarnos con miedo ni empujarnos a una actividad frenética. Más bien, debería enfocarnos. ¿Qué legado estás construyendo? ¿En qué relaciones estás invirtiendo? ¿Qué te está llamando Dios a hacer que sigues postergando? ¿Qué necesita cambiar en la manera en que estás usando tus días?

Moisés ora para que Dios nos enseñe esta sabiduría porque no nos surge de manera natural. Necesitamos ayuda divina para comprender de verdad la brevedad de la vida y, en consecuencia, reorganizar nuestras prioridades. Necesitamos que Dios abra nuestros ojos para ver el tiempo como el regalo precioso que es.

Así que nos unimos a Moisés en su oración: Señor, enséñanos a contar bien nuestros días. Ayúdanos a sentir su peso. Muéstranos sus limitaciones. Danos sabiduría para invertirlos bien. Porque un día (más pronto de lo que pensamos) llegará nuestro último día. Y queremos haber dedicado nuestros días a lo que realmente importaba.

ORACIÓN:

Señor Dios, confieso que muchas veces vivo como si tuviera tiempo ilimitado. Desperdicio días en cosas triviales mientras descuido prioridades eternas. Enséñame a realmente contar bien mis días: a sentir su brevedad, a valorar su preciosidad y a reconocer sus límites. Dame un corazón sabio que sepa invertir el tiempo y no solo gastarlo. Muéstrame lo que más importa y dame el valor para perseguirlo. Ayúdame a vivir con urgencia sin ansiedad y con intención sin obsesión. Rompe la ilusión de un infinito mañana. Que la realidad de mi mortalidad no me lleve a la desesperación, sino a una vida con propósito. Quiero presentarme delante de ti habiendo invertido bien mis días, amando profundamente, sirviendo fielmente y persiguiendo lo que perdura. Redime el tiempo que he desperdiciado y santifica los días que aún me quedan. En el nombre de Jesús. Amén.

LA NIEBLA

“¡Y eso que ni siquiera saben qué sucederá mañana! ¿Qué es su vida? Ustedes son como la niebla que aparece por un momento y luego se desvanece”. Santiago 4:14 (NVI)

Santiago hace una pregunta que debería detenernos en seco: ¿Qué es tu vida? Llenamos nuestros días de planes elaborados, ocupaciones interminables y grandes ambiciones. Construimos nuestra identidad alrededor de carreras profesionales, acumulamos posesiones y cuidamos cuidadosamente la imagen que proyectamos. Pero Santiago rompe con todas esas pretensiones con una metáfora impactante: eres una niebla.

¿Alguna vez has visto cómo la niebla de la mañana desaparece cuando sale el sol? En un momento el valle está cubierto de blanco; al siguiente, no queda rastro alguno. Así es tu vida, dice Santiago. Una aparición breve. Un instante pasajero. Está aquí y luego desaparece. Sin aviso. Sin permanencia. Sin garantía del mañana.

Esta metáfora intencionalmente nos confronta con humildad. Nos gusta pensar que somos sólidos, sustanciales, permanentes. Hacemos planes a cinco años y firmamos hipotecas a treinta. Vivimos como si estuviéramos construyendo algo que perdurará para siempre. Pero la realidad es mucho más frágil. Cada respiro es un regalo. Cada latido es prestado. Cada mañana es una suposición.

Santiago no está siendo cruel; está siendo honesto. Le escribía a personas que decían: ‘Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero’. ¿No suena familiar? ¿Cuántas veces hablamos del futuro con absoluta seguridad, como si lo controláramos? “El próximo año por fin me pondré en forma”. “Después, cuando me jubile, tendré tiempo para lo que importa”. “Cuando termine este proyecto, me enfocaré en mi familia”. “Algún día tomaré en serio mi relación con Dios”.

El problema no es planificar, sino presumir. Es vivir como si el mañana estuviera garantizado, como si tuviéramos tiempo ilimitado para ocuparnos de lo que realmente importa. Es la peligrosa suposición de que podemos posponer la obediencia, retrasar la reconciliación, aplazar el propósito y aun así tener una oportunidad después.

Pero la niebla no se queda. No espera el momento conveniente. Cuando sale el sol, desaparece. Así también la vida. Esa conversación que has querido tener. Esa disculpa que sigues postergando. Ese

sueño que Dios puso en tu corazón hace años. Ese llamado que sigues resistiendo. El tiempo no es tu aliado. La niebla ya se está disipando.

Las palabras de Santiago deberían producir una santa urgencia en nosotros. No ansiedad frenética, sino intencionalidad enfocada. Si tu vida es una niebla, entonces cada momento importa. Si el mañana no está prometido, hoy es todo lo que tienes. ¿Qué estás haciendo con él?

Considera qué harías distinto si realmente creyeras que eres una niebla. ¿Seguirías guardando ese rencor? ¿Perderías tantas horas sin sentido frente al teléfono? ¿Continuarías posponiendo lo que Dios te está llamando a hacer? ¿Invertirías tanta energía en acumular lo que no puedes conservar?

La brevedad de la vida debe reorganizar nuestras prioridades. Debería impulsarnos hacia lo que perdura: amar a Dios, servir a otros, compartir el Evangelio, invertir en lo eterno. Debería hacernos rápidos para perdonar, dispuestos a obedecer y generosos con nuestro tiempo y recursos. Debería eliminar la frase lujosa de ‘algún día’ de nuestro vocabulario.

Eres una niebla. Breve. Frágil. Pasajera. Esta verdad no busca destruirte, sino enfocarte. Tienes el día de hoy. Úsalo con sabiduría. Vívelo plenamente. Inviértelo con perspectiva eterna. Porque antes de que te des cuenta, la niebla se habrá desvanecido.

ORACIÓN:

Padre Dios, la realidad de lo breve que es mi vida me estremece y me confronta. Soy como una niebla: aquí por un momento y luego desaparezco. Perdóname por vivir como si tuviera tiempo ilimitado, por dar por sentado que tendré un mañana, y por postergar lo que realmente importa. Que la fragilidad de mi vida me dirija hacia lo eterno. Dame valor para tener las conversaciones que he evitado, para extender el perdón que he retenido y para abrazar el llamado que he estado resistiendo. No me permitas desperdiciar ni un día más en lo que no tiene valor eterno. Enséñame a contar mis días y a adquirir un corazón sabio. Que la brevedad de la vida aclare mis prioridades y profundice mi devoción a ti. No sé si tendré mañana, pero tengo hoy. Muéstrame cómo usarlo para tu gloria. En el nombre de Jesús. Amén.

CUÁN EFÍMERO

“Hazme saber, SEÑOR, cuál es el final de mi vida y el número de mis días; hazme saber lo efímero que soy. Muy breve es la vida que me has dado; ante ti, mis años no son nada. ¡El ser humano es como un soplo!”. Salmo 39:4-5 (NVI)

David hace una petición audaz: “Hazme saber, SEÑOR, cuál es el final de mi vida”. La mayoría de nosotros evitamos pensar en nuestra mortalidad. Nos distraemos, alejamos el pensamiento, vivimos en negación. Pero David hace lo contrario: pide a Dios que lo confronte con la realidad de su existencia finita. Quiere saber, comprender verdaderamente, cuán fugaz (efímera) es su vida.

¿Por qué alguien oraría una oración así? Porque David entendía algo profundo: una conciencia de la brevedad de la vida es esencial para vivir con sabiduría. Cuando comprendemos realmente lo corto de nuestro tiempo, todo cambia. Lo que parecía importante de repente se ve trivial. Lo que hemos postergado se vuelve urgente. La niebla de la distracción se disipa y surge la claridad.

‘Muy breve es la vida que me has dado’. En el lenguaje original, David usa el ancho de una mano para medir toda su vida. Extiende tu mano y obsérvala. Ese es el espacio entre el nacimiento y la muerte. Décadas de experiencias, relaciones, logros, luchas, todo comprimido en un espacio menor que una regla. Desde la perspectiva eterna de Dios, incluso la vida humana más larga es apenas un instante.

Pero lo más impactante es: “El ser humano (toda persona) es como un soplo”. En el original, también se añade ‘incluso los que parecen seguros’. David no habla solo de los frágiles o vulnerables. Incluye a los poderosos, ricos, exitosos, aparentemente invencibles. El millonario con su imperio. El atleta en su mejor forma. La celebridad en la cima de su fama. El ejecutivo que parece intocable. Todos ellos, un simple soplo. Aquí un momento, y al siguiente, ausentes.

Construimos elaboradas fortalezas de seguridad. Acumulamos riqueza, compramos seguros, establecemos redes, cuidamos nuestra salud. Estas prácticas no son malas de por sí, pero se vuelven peligrosas cuando crean la ilusión de control y permanencia. Olvidamos que ningún dinero, ningún nivel de éxito, ningún plan meticuloso puede agregar un sólo día a nuestra vida. La seguridad es una ilusión. Solo Dios determina cuándo se agota nuestro aliento.

Esta verdad confrontadora debería reorientar radicalmente nuestra vida. Si somos solo un soplo, ¿para qué estamos respirando? ¿Cuánto

vale el breve tiempo que se nos ha dado? Ciertamente no las cosas por las que nos obsesionamos: la casa perfecta, el título impresionante, la vida elevada de Instagram. Tampoco los rencores que guardamos, las ofensas que acumulamos, las ansiedades por cosas que no importarán en la eternidad.

La oración de David no es de desesperación, sino de sabiduría. Quiere que Dios le enseñe lo que todos necesitamos aprender: la vida es corta, y esa brevedad debería moldear todo. Debería hacernos rápidos para amar y lentos para enojarnos. Debería hacernos generosos con nuestro tiempo y recursos. Debería hacernos valientes para compartir el Evangelio, sabiendo que las oportunidades de otros para escucharlo son tan fugaces como las nuestras para hablar.

Cuando comprendes verdaderamente que eres solo un soplo, dejas de preocuparte por las cosas pequeñas. Perdonas más rápido. Amas más profundamente. Sirves con mayor libertad. No te aferras a las cosas materiales, pero sí te aferras a lo eterno firmemente. Vives con la urgencia que corresponde a la realidad.

Así que, únete a David en su oración. Pídele a Dios que te muestre cuán efímera es tu vida realmente. Que esa verdad despierte en ti lo que verdaderamente importa.

ORACIÓN:

Señor, rara vez quiero enfrentar mi mortalidad, pero necesito hacerlo. Muéstrame el fin de mi vida. Ayúdame a comprender realmente cuán efímeros (fugaces) son mis días. Rompe mi negación y mis distracciones. Haz que la realidad de que soy solo un soplo transforme la manera en que vivo. Despréndeme de mi falsa sensación de seguridad y de las ilusiones de control. Solo tú determinas el número de mis días, y son menos de los que quiero creer. Dame sabiduría para invertir mi breve vida en lo que perdura: amarte a Ti, amar a otros, avanzar tu reino. No permitas que desperdicie mi aliento en lo que no importa. Hazme rápido para perdonar, generoso para dar, dispuesto a servir y valiente para compartir la esperanza que tengo en Cristo. Mi vida es como un vapor, pero es un vapor que Tú has soplado a la existencia para Tus propósitos. Ayúdame a cumplirlos mientras aún tengo aliento. En el nombre de Jesús. Amén.

EL DIOS DE LAS ESTACIONES

“Todo tiene su momento oportuno; hay tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo”. Eclesiastés 3:1 (NVI)

Salomón, con toda su sabiduría, comprendió algo que a menudo pasamos por alto: la vida opera en temporadas. Así como la naturaleza pasa por primavera, verano, otoño e invierno, nuestras vidas atraviesan fases distintas, cada una con su propósito, oportunidades y demandas. Luchar contra la temporada en la que te encuentras es tan inútil como exigir que las flores florezcan en invierno o que la cosecha llegue en primavera.

Esta verdad debe traer tanto consuelo como urgencia. Consuelo, porque nos recuerda que las estaciones difíciles no duran para siempre. La temporada de noches sin dormir con bebés pasará. La temporada de cuidar a padres ancianos tomará otra forma. La temporada de dificultades financieras cambiará. La temporada de duelo dará paso, con el tiempo, a la alegría renovada. Nada dura para siempre excepto Dios mismo.

Pero las palabras de Salomón también llevan un tono de urgencia: si hay un tiempo para todo, también hay un momento en que esas oportunidades terminan. Hay una temporada para criar hijos, y luego crecen. Hay una temporada para construir una carrera, y luego llega la jubilación. Hay una temporada para ciertos ministerios, relaciones y llamados, y cuando esa temporada se cierra, la oportunidad se pierde.

La tragedia es cuán a menudo no reconocemos la temporada en la que estamos. Intentamos vivir en un pasado que ya terminó, aferrándonos a lo que fue en lugar de abrazar lo que es. O nos apresuramos hacia una temporada futura, perdiendo la belleza y propósito del presente. La joven madre sueña con cuando sus hijos sean mayores y se pierde los momentos irremplazables justo frente a ella. El trabajólico promete enfocarse en la familia “algún día”, sin darse cuenta de que ese “algún día” puede llegar cuando las relaciones ya están rotas.

La sabiduría significa discernir tu temporada y comprometerte plenamente con ella. Si estás en una temporada de siembra, siembra con diligencia, aunque aún no veas la cosecha. Si estás en un proceso de ser podado, sométete a él, aunque sea doloroso. Si estás en una temporada de espera, espera fielmente, aunque no parezca productiva. Si estás en una temporada de cosecha, cosecha con intención, porque la ventana no permanecerá abierta para siempre.

Cada temporada tiene oportunidades únicas que no volverán. La temporada de hijos pequeños no regresará; invierte profundamente en esos años formativos. La temporada de fuerza física y agudeza mental es limitada; úsala mientras la tienes. La temporada en que tus padres ancianos aún están contigo es preciosa y finita; no la desperdicies. La temporada en que tu vecino, compañero de trabajo o amigo está abierto a una conversación espiritual puede ser breve; aprovéchala.

Salomón continúa en los versículos siguientes enumerando estaciones: ‘tiempo para nacer y tiempo para morir; tiempo para plantar y tiempo para cosechar... tiempo para llorar y tiempo para reír... tiempo para guardar y tiempo para desechar... tiempo para callar y tiempo para hablar’. Cada temporada requiere respuestas diferentes. Los sabios se adaptan. Los necios se resisten.

Entonces, ¿en qué temporada te encuentras ahora? ¿La has identificado? ¿La estás resistiendo o abrazando? ¿Estás intentando vivir en una temporada que ya pasó o en una que aún no ha llegado? ¿Estás reconociendo y aprovechando las oportunidades únicas que esta temporada ofrece?

Dios es el autor de las temporadas de tu vida. Confía en su tiempo. Abraza el lugar dónde estás. Y aprovecha al máximo las oportunidades que existen solo en este momento.

ORACIÓN:

Padre, Tú eres el Dios que ordena las estaciones, en la naturaleza y en mi vida. Dame sabiduría para discernir en qué temporada estoy ahora y gracia para abrazarla plenamente en lugar de resistirla. Perdóname por las veces que he vivido en el pasado o en el futuro en lugar de estar presente en la temporada que me has dado. Ayúdame a ver las oportunidades únicas que esta temporada contiene y dame valor para aprovecharlas antes de que pasen. Si esta es una temporada de siembra, hazme fiel para sembrar. Si es una temporada de espera, enséñame paciencia. Si es una temporada de cosecha, dame diligencia para cosecharla. Si es una temporada de ser podado, ayúdame a confiar en Tu mano amorosa. No permitas que pierda el propósito de este momento al querer estar en otro lugar. Abre mis ojos a lo que solo puede hacerse ahora, en esta temporada, mientras la oportunidad aún existe. Confío en Tu tiempo y en tu soberanía en cada temporada de mi vida. En el nombre de Jesús. Amén.

MIENTRAS SEA DE DÍA

“Mientras sea de día, tenemos que llevar a cabo la obra del que me envió. Viene la noche cuando nadie puede trabajar”. Juan 9:4 (NVI)

Jesús pronunció estas palabras justo antes de sanar a un hombre ciego de nacimiento. Caminaba con sus discípulos cuando se encontraron con este hombre, y en lugar de pasar de largo, Jesús se detuvo. Reconoció el momento—la oportunidad—y actuó. Su razón: “Viene la noche, cuando nadie puede trabajar.”

Jesús vivía con una conciencia plena de que su tiempo en la tierra era limitado. Tenía una misión que cumplir, obras que completar y una ventana finita para realizarlas. Cada encuentro importaba. Cada oportunidad contaba. No podía desperdiciar el día en asuntos triviales ni posponer lo que el Padre le había llamado a hacer. La cruz estaba por venir. La noche se acercaba. Y cuando llegara, su ministerio terrenal terminaría.

Lo más notable es que Jesús incluye a sus discípulos en esta urgencia: “tenemos que llevar a cabo las obras”. Esto no se trata solo de Su misión—también se trata de la nuestra. Nosotros también tenemos un día limitado. También enfrentamos una noche que cerrará nuestras oportunidades para trabajar. Para algunos, esa noche llega con la muerte. Para otros, llega cuando se cierran puertas, cuando las temporadas cambian, cuando las personas se alejan o las circunstancias cambian. Pero siempre llega.

La pregunta es: ¿qué estamos haciendo mientras es de día?

Piensa en las ‘obras’ específicas que Dios te ha encomendado. Tal vez sea compartir el Evangelio con un compañero que ha mostrado interés. Esa persona puede trasladarse a otro departamento, mudarse a otra ciudad, o cerrar su corazón a las cosas de Dios. Mientras sea de día (mientras la oportunidad exista) debes actuar.

Quizá sea reconciliarte con un familiar con el que estás distante. Hoy todavía hay tiempo, todavía hay posibilidad. Pero las relaciones no esperan para siempre. El orgullo endurece. La distancia se vuelve permanente. La muerte llega. Mientras sea de día, debes buscar la paz.

Tal vez sea invertir en tus hijos mientras aún viven bajo tu techo. Estos años parecen infinitos cuando estás en medio de ellos, pero no lo son. Pronto serán adultos y seguirán su propio camino. Mientras sea de día, mientras escuchan, observan y son moldeables, debes disciplinarlos intencionalmente.

O quizás sea un llamado que has sentido durante años, pero que sigues postergando. “Algún día” empezaré ese ministerio. “Eventualmente” iré a ese viaje misionero. “Cuando las cosas se calmen” usaré mis dones para el Reino. Pero las cosas nunca se calman, y la noche sigue acercándose. Mientras sea de día, debes obedecer.

Jesús no esperó condiciones perfectas. Sanó en el día de reposo (Sábado), enseñó cuando estaba exhausto, alimentó multitudes cuando necesitaba estar solo. Comprendió que la misión prevalece sobre la conveniencia, que la obediencia no puede esperar a las circunstancias ideales. Cuando el Padre presentó un trabajo que hacer, Jesús lo hizo: de inmediato, plenamente, completamente.

Nosotros, en cambio, somos maestros en la demora. Vemos la necesidad, pero esperamos. Sentimos el llamado, pero dudamos. Reconocemos la oportunidad, pero calculamos el costo. Y mientras deliberamos, la luz del día se desvanece. El hombre que necesitaba sanidad pudo haber sido pasado por alto innumerables veces por personas con “cosas más importantes que hacer”. Pero Jesús se detuvo. Porque era de día, y había trabajo que hacer.

¿Qué obra ha puesto Dios delante de ti hoy? ¿Qué oportunidades están a tu alcance ahora mismo que quizás no estén mañana? ¿A qué te llama Él mientras es de día?

No esperes. No supongas que habrá un mañana. No presumas que la oportunidad permanecerá. La noche viene para todos nosotros. Pero ahora es de día. Y hay trabajo que hacer.

ORACIÓN:

Señor Jesús, perdóname por vivir como si tuviera tiempo ilimitado para cumplir Tus propósitos. Tú viviste con urgencia, reconociendo que Tus días estaban contados y Tu misión era clara. Dame ese mismo sentido de propósito y urgencia santa. Abre mis ojos para ver las obras que has preparado para mí hoy, no ‘algún día’. Quebranta mi procrastinación, mi miedo y mis excusas. Ayúdame a reconocer los momentos divinos cuando aparezcan y dame valor para actuar de inmediato. No permitas que desperdicie las horas de luz que me has dado en cosas triviales mientras la obra de Tu reino queda sin hacer. Muéstrame lo que realmente importa: las conversaciones que necesito tener, la obediencia que debo ofrecer, las personas a quienes debo servir, el testimonio que debo dar. La noche también vendrá para mí. Permíteme trabajar con fidelidad, con urgencia y plenamente mientras sea de día. En Tu nombre. Amén.

PRIMERO LO PRIMERO

“Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, entonces todas estas cosas les serán añadidas”. Mateo 6:33 (NVI)

Jesús introduce este versículo en medio de una conversación acerca de la ansiedad. Sus discípulos estaban preocupados por la comida, la vestimenta y la sobrevivencia: las necesidades básicas que consumen gran parte de nuestra energía mental. Y en lugar de descartar sus preocupaciones, Jesús reordena sus prioridades con una sola palabra poderosa: “primero.”

‘Busquen primeramente el reino de Dios’. No buscar solo. No buscar exclusivamente. Sino buscar primero. Ese orden importa. Lo que ponemos en primer lugar determina todo lo demás. Moldea nuestras decisiones, dirige nuestra energía y define nuestra vida. Y Jesús es absolutamente claro: el reino de Dios debe ocupar la posición principal.

Pero, ¿qué significa buscar primero el reino de Dios? Significa que su agenda tiene prioridad sobre la nuestra. Sus propósitos prevalecen sobre nuestros planes. Su voluntad tiene más peso que nuestras preferencias. Antes de preguntar “¿Qué quiero yo?”, preguntamos “¿Qué quiere Dios?”. Antes de perseguir nuestros sueños, nos alineamos con Su misión. Antes de construir nuestros propios reinos, invertimos en el Suyo.

Esto no es teología teórica; es intensamente práctica. Buscar primero el reino de Dios significa que tu mañana comienza con Él, no con tu teléfono. Significa que tu presupuesto refleja prioridades del reino, no solo deseos personales. Significa que tus decisiones profesionales se filtran a través de: “¿Cómo puedo avanzar mejor los propósitos de Dios?”, no solo “¿Cómo puedo maximizar mis ingresos?”. Significa que tu tiempo, tus talentos y tus tesoros se ven como recursos para invertir en el reino, no para consumo personal.

“Y su justicia”; Jesús añade esta frase crucial. Buscar el reino de Dios no es solo actividad externa; es transformación interna. La justicia significa vivir en alineación con el carácter de Dios, buscar la santidad, permitir que Él te forme a la imagen de Cristo. No puedes avanzar efectivamente Su reino mientras vives en contradicción con Su carácter.

Luego viene la promesa: “entonces todas estas cosas les serán añadidas”. Jesús no promete riqueza ni comodidad, sino suficiencia. Cuando priorizas el reino de Dios, Él asegura que tus necesidades

sean satisfechas. No tus caprichos, sino tus necesidades: alimento, vestimenta, vivienda, provisión. Dios se encarga de quienes hacen de Su reino su primera preocupación.

La tragedia es cuán a menudo invertimos este orden. Buscamos primero la provisión, diciéndonos que buscaremos el reino de Dios una vez que estemos seguros. Buscamos primero la comodidad, planeando buscar la justicia cuando la vida se calme. Construimos nuestros sueños primero, con la intención de servir a los propósitos de Dios después de alcanzar nuestras metas. Pero “primero” nunca llega, porque ya hemos gastado lo mejor en cosas secundarias.

Este versículo confronta nuestras prioridades desordenadas con una claridad incómoda. ¿Qué ocupa realmente el primer lugar en tu vida? ¿En qué pones tus mejores horas? ¿Qué recibe tu energía más fresca? ¿Qué recibe tu planificación más cuidadosa? Tu calendario y tus estados financieros no mienten; revelan lo que realmente buscas primero.

Jesús ofrece un camino radicalmente diferente: pon primero el reino de Dios, y observa cómo Él se encarga del resto. No es irresponsable, es fe. No es imprudente, es sabiduría. No es ingenuo, es la manera en que Jesús mismo vivió y la manera en que nos llama a vivir.

La pregunta no es si buscarás algo primero. Todos lo hacemos. La pregunta es qué; o mejor dicho, quién ocupará el lugar principal en tu vida.

ORACIÓN:

Padre, confieso que con demasiada frecuencia busco todo lo demás primero y Te relego al tiempo y energía que sobran. Persigo seguridad, comodidad, éxito y aprobación antes de buscar Tu reino y Tu justicia. Perdóname por mis prioridades equivocadas. Reordena mi vida alrededor de lo que más te importa. Enséñame qué significa prácticamente buscar tu reino primero, en cómo uso mi tiempo, invierto mi dinero, tomo decisiones y ordeno mis días. Dame fe para confiar en que cuando te pongo primero, proveerás lo que necesito. Rompe mi adicción al control y a la autosuficiencia. Ayúdame a vivir como alguien que verdaderamente cree que Tu reino lo vale todo. Quiero mirar atrás y ver que Tú siempre estuviste primero: no solo en mis palabras, sino en mis elecciones y prioridades reales. Transfórmame en alguien que busque Tu reino y Tu justicia por encima de todo. En el nombre de Jesús. Amén.

LO ÚNICO NECESARIO

“Marta, Marta —contestó el Señor—, estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor y nadie se la quitará”. Lucas 10:41-42 (NVI)

Imagina la escena: Jesús, el invitado de honor, está sentado en la casa de Marta. Marta se apresura en la cocina, estresada y distraída por los preparativos. Mientras tanto, su hermana María está sentada a los pies de Jesús, absorta en su enseñanza. La frustración de Marta aumenta hasta que finalmente explota: ‘Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sirviendo sola? ¡Dile que me ayude!’

La respuesta de Jesús es suave pero penetrante: “Marta, Marta...” La repetición de su nombre lleva afecto como también corrección. No está enojado por su afán; está preocupado por lo que la motiva. ‘Estás inquieta y preocupada por muchas cosas.’ Muchas cosas. Ese es el problema. Su atención está fragmentada, su energía dispersa, su enfoque dividido entre docenas de preocupaciones.

Marta no está haciendo nada malo en sí. Alguien debe preparar la comida. La hospitalidad importa. El servicio es importante. Pero está tan consumida por las cosas secundarias que pierde lo principal: Jesús mismo, sentado en su sala, enseñando verdades que podrían transformar su vida.

‘Pero solo una es necesaria’. Jesús corta de raíz el afán ansioso de Marta con una claridad impactante. Ella cree que muchas cosas son necesarias. Él dice que solo una lo es. María la ha elegido: se ha posicionado a los pies de Jesús, priorizando Su presencia y Sus palabras sobre la productividad y el desempeño.

‘María ha escogido la mejor’, no lo más fácil, ni lo más cómodo, sino lo mejor. Sentarse a los pies de Jesús cuando hay trabajo por hacer requiere intencionalidad. Significa decir no a lo urgente para decir sí a lo importante. Significa resistir la presión de la productividad para abrazar la prioridad de estar presencia.

Todos somos Marta. Vivimos preocupados y angustiados por muchas cosas. Nuestras mentes corren con listas de pendientes. Nuestros calendarios se desbordan con compromisos. Estamos ocupados, productivos, estresados y al límite. Y como Marta, podemos resentir a quienes no están tan ocupados como nosotros, que de alguna manera encuentran tiempo para estar quietos, para estar presentes, para priorizar aquello que hemos relegado a “algún día”.

Pero Jesús nos llama a algo diferente. Nos invita a escoger lo único necesario: Él mismo. No como un añadido a nuestras vidas ya saturadas, sino como el centro alrededor del cual todo lo demás gira. Cuando acertamos en esta prioridad, todo lo demás encuentra su lugar correcto.

La tragedia es cuán a menudo estamos tan ocupados sirviendo a Jesús que no tenemos tiempo de sentarnos con Él. Trabajamos para Él, hablamos de Él, organizamos eventos en Su nombre; y todo esto mientras rara vez nos posicionamos a Sus pies para simplemente escuchar, adorar y estar presentes. Hemos confundido actividad con intimidad, productividad con devoción.

‘Y nadie se la quitará’: esta es la promesa. Lo que María ganó ese día no fue temporal. La comida que Marta preparó se consumió y se olvidó. Pero las palabras que María escuchó, la presencia que experimentó, la elección que hizo de priorizar a Jesús: permaneció. Eso la transformó. Eso tuvo valor eterno.

¿Qué estás eligiendo hoy? ¿Las muchas cosas o la única necesaria? ¿Lo urgente o lo importante? ¿El trabajo ocupado de la religión o la hermosa simplicidad de sentarte a Sus pies?

Jesús está en tu casa. ¿Pausarás lo suficiente para escucharlo?

ORACIÓN:

Señor Jesús, perdóname por ser una Marta cuando me estás llamando a ser una María. Tan a menudo estoy preocupado(a) y angustiado(a) por muchas cosas; distraído(a), ocupado(a), ansioso(a), al límite. Confundo la actividad con la devoción y confundo el afán con la fidelidad. Estoy tan concentrado en servirte que olvido sentarme contigo. Enséñame a reconocer lo único verdaderamente necesario: Tu presencia, Tus palabras, Tu compañía. Ayúdame a escoger lo que es mejor, incluso cuando lo urgente grite por mi atención. Dame valor para decir no a las buenas cosas y decir sí a la mejor. Detén mi ritmo. Aquieta mi corazón ansioso. Acércame a Tus pies. Que aprenda del ejemplo de María: priorizar la presencia por sobre la productividad, la intimidad por sobre la actividad, escuchar por sobre el hacer. No quiero llegar al final de mi vida habiendo estado ocupado(a) para Ti pero distante de Ti. Enséñame a escoger lo único que nunca me será quitado: conocerte, amarte y sentarme a Tus pies. En Tu nombre. Amén.

¡DESPIERTA!

“Hagan todo esto estando conscientes del tiempo en que vivimos. Ya es hora de que despierten del sueño, pues nuestra salvación está ahora más cerca que cuando inicialmente creímos”. Romanos 13:11 (NVI)

Pablo usa la imagen impactante de alguien sacudiendo a una persona dormida. “¡Despierta!” prácticamente grita. “¿Te das cuenta de la hora que es?” Los creyentes romanos se habían adormecido espiritualmente, arrullados hacia la complacencia por la rutina diaria. Se habían vuelto cómodos, asentados, espiritualmente somnolientos. Las palabras de Pablo son como un despertador a todo volumen.

‘Conscientes del tiempo en que vivimos’: esta frase es crucial. Muchas personas caminan dormidas por la vida, ajenas a la importancia del momento en que se encuentran. No reconocen la urgencia, no comprenden lo que está en juego, no entienden que cada día los acerca a la eternidad. Viven como si tuvieran tiempo infinito, como si el mañana estuviera garantizado, como si no hubiera un plazo que se aproxima.

Pablo rompe esa ilusión: ‘Ya es hora de que despierten’. No es que la hora vendrá. No es que quizá venga. La hora ya ha llegado. Está aquí. Ahora. Este es el momento para la acción, para estar alerta, para la fidelidad urgente. El tiempo del sueño espiritual ha terminado.

“Nuestra salvación está ahora más cerca que cuando inicialmente creímos”. Cada día que pasa nos acerca un día más a ver a Cristo cara a cara. Ya sea por su regreso o por nuestra muerte, la línea de meta se acerca. Si la salvación parecía lejana cuando creíste por primera vez, ahora está mucho más cerca. Han pasado años. El tiempo ha pasado. El reloj ha avanzado y no retrocede.

Piensa en ello de forma práctica. Si te convertiste hace veinte años, estás veinte años más cerca de estar ante Jesús que en ese entonces. Si llegaste a la fe hace cinco años, ya has usado cinco años del tiempo que se te ha dado para la obra del reino. Cada amanecer te acerca más a tu último amanecer. Cada respiro te acerca a tu último respiro.

Esta realidad debería crear una santa urgencia en nuestro espíritu. El sueño espiritual es un lujo que no podemos permitirnos. Hay demasiado en juego, muy poco tiempo y demasiado trabajo por hacer. La gente a nuestro alrededor se dirige hacia una eternidad sin Cristo. Nuestro carácter todavía necesita transformación. Nuestros llamados permanecen sin cumplirse. Nuestras iglesias necesitan avivamiento. Nuestro mundo necesita el Evangelio.

Sin embargo, ¿cuántos de nosotros caminamos dormidos en nuestra vida cristiana? Cumplimos con la rutina: asistimos a servicios, decimos oraciones, leemos devocionales; pero no estamos verdaderamente despiertos. No estamos alertas a las oportunidades. No sentimos la urgencia. No estamos viviendo como personas que entienden que el tiempo se agota.

El mandato de Pablo no es entrar en pánico, sino despertar. Volvernos alerta, conscientes e intencionales. Sacudir la somnolencia de la complacencia y la niebla de la distracción. Vivir con los ojos bien abiertos a lo que Dios está haciendo y a lo que nos está llamando a hacer.

¿Qué significaría para ti despertar espiritualmente de verdad? ¿Dejar de posponer los llamados de Dios? ¿Reconocer que este día (este mismo instante) está cargado de significado eterno? ¿Vivir como alguien que cree que la salvación está más cerca ahora que cuando inicialmente creyó?

La alarma está sonando. La hora ha llegado. Es tiempo de despertar.

ORACIÓN:

Señor, confieso que he estado espiritualmente dormido cuando me estás llamando a estar despierto. Me he vuelto cómodo, complaciente, somnoliento en mi fe. He tratado mi vida cristiana como algo rutinario en lugar de urgente, casual en lugar de crucial. Perdóname por caminar dormido en días que importan eternamente. ¡Despiértame! Abre mis ojos al tiempo presente, a la urgencia de este momento, a la realidad de que mi salvación (y mi oportunidad de servirte) está más cerca ahora que cuando inicialmente creí. Sacúdeme de mi letargo. Hazme alerta a las oportunidades a mi alrededor, sensible a los impulsos del Espíritu y receptivo a tus llamados a la acción. No permitas que desperdicie otro día en somnolencia espiritual mientras el mundo necesita el Evangelio, las personas necesitan amor y Tú me estás llamando a un servicio fiel. En Tu nombre. Amén.

MIENTRAS PUEDA SER HALLADO

“Busquen al Señor mientras pueda ser hallado; llámenlo mientras se encuentre cerca”. Isaías 55:6 (RVC)

Las palabras de Isaías llevan una implicación inquietante: hay una ventana de oportunidad para buscar a Dios, y esa ventana puede cerrarse. “Mientras pueda ser hallado” sugiere que habrá un momento en que Él no pueda ser hallado, o al menos, cuando buscarlo se vuelva mucho más difícil. “Mientras se encuentre cerca” implica que existen temporadas en que Él parece distante, cuando el acceso se siente bloqueado, cuando la puerta que estaba abierta se ha cerrado.

Esto no es porque Dios cambie o se aleje. Dios es omnipresente; siempre está en todas partes. Pero hay temporadas en que Él se acerca de manera especial para invitarnos: cuando los corazones están blandos, la convicción es fuerte y el Espíritu actúa con mayor intensidad. Son momentos de oportunidad divina, ventanas en las que buscarlo es más fácil y clamar a Él recibe una respuesta pronta.

La tragedia es que muchas personas asumen que estas ventanas permanecen abiertas para siempre. Sienten el tirón del Espíritu y piensan: “Responderé después.” Perciben la cercanía de Dios y suponen que estará igualmente cerca el próximo mes, el próximo año o la próxima década. Escuchan Su invitación y posponen su respuesta, confiados en que la oferta permanecerá indefinidamente.

Pero la Escritura advierte consistentemente contra esta presunción. Los corazones que hoy están blandos pueden endurecerse mañana. Las conciencias que ahora son sensibles pueden insensibilizarse después. El Espíritu que hoy convence puede dejar de esforzarse con quienes resisten persistentemente. El Faraón endureció su corazón repetidas veces hasta que Dios lo endureció por él. Israel probó a Dios en el desierto hasta que Él juró que no entrarían a Su descanso.

“Busquen al Señor mientras pueda ser hallado”; la urgencia es ahora, este mismo momento. No “algún día” cuando la vida se calme; no “eventualmente” cuando hayas satisfecho tu pecado; no más tarde cuando buscar a Dios sea más conveniente. Ahora. Hoy. Mientras la invitación sea clara y la puerta esté abierta.

Piensa en las implicaciones prácticas. Esa convicción que sientes sobre un pecado que debes confesar: no esperes; enfréntalo ahora mientras tu conciencia aún está sensible. Ese llamado hacia una obediencia específica: responde hoy mientras la claridad permanece. Esa hambre

espiritual que has experimentado: aliméntala ahora mientras tu corazón está abierto.

Porque esta es la verdad contundente: la resistencia repetida a la cercanía de Dios puede hacer que Él parezca distante. Quien ignora continuamente la voz de Dios puede, con el tiempo, encontrar más difícil escucharla. El corazón que rechaza una y otra vez Su invitación puede endurecerse progresivamente. La oportunidad que tienes hoy de buscar y encontrar a Dios puede no presentarse mañana con la misma claridad.

Esto no busca crear paranoia, sino urgencia. Dios es misericordioso, paciente y tardío para la ira. Pero también es soberano y no se impone a nadie. Si alguien lo rechaza persistentemente, Él puede finalmente honrar esa decisión retirando la intensidad de Su búsqueda.

La promesa hermosa contenida en la advertencia de Isaías es esta: Dios puede ser hallado ahora mismo; Él está cerca ahora mismo. Sin importar cuán lejos te sientas o cuánto hayas resistido, si estás leyendo estas palabras y percibes aunque sea un leve tirón hacia Él, eso es evidencia de que todavía está cerca, aún buscando e invitando.

No esperes. No pongas a prueba Su paciencia. No asumas que mañana ofrecerá la misma oportunidad que hoy. Busca a Dios mientras pueda ser hallado. Llámalo mientras esté cerca, porque puede llegar un día en que buscar se vuelva más difícil, cuando la cercanía dé paso a la distancia y la ventana se cierre silenciosamente.

ORACIÓN:

Señor, escucho Tu invitación y no quiero presumir de Tu paciencia ni dar por sentada Tu cercanía. Perdóname por haber sentido que tu Espíritu se acerca y haber dicho: “Ahora no”, o “Después”, o “Algún día.” He considerado tu búsqueda persistente como algo que puedo posponer indefinidamente. Pero tu Palabra me advierte que hay temporadas de oportunidad, ventanas que pueden cerrarse, momentos en que buscarte es más fácil que en otros tiempos. No quiero perder este momento. Ahora mismo, mientras puedes ser hallado, Te busco. Ahora mismo, mientras estás cercano, clamo a Ti. Ablanda mi corazón. Abre mis oídos. Acércame a Ti. No permitas que me endurezca por resistencia repetida. No dejes que mi desobediencia constante me desensibilice. Sea lo que sea de lo que me estés convenciendo, quiero responder ahora. No mañana. Sea lo que sea que me llames a hacer, quiero obedecer hoy. No algún día. Gracias porque aún ahora, estás cerca. Gracias porque todavía puedo buscarte y hallarte. No permitas que desperdicie esta oportunidad. En el nombre de Jesús. Amén.

ESTE ES EL MOMENTO PROPICIO

“Porque él dice: En el momento propicio te escuché y en el día de salvación te ayudé. Les digo que este es el momento propicio de Dios; hoy es el día de salvación”. 2 Corintios 6:2 (NVI)

Pablo cita a Isaías y luego presenta una de las declaraciones más urgentes de la Escritura: ‘Este es el momento propicio... hoy es el día...’. No mañana. No la próxima semana. No cuando las circunstancias mejoren o te sientas más preparado. Ahora. Este momento. Hoy.

Dios ha establecido temporadas específicas de favor; momentos cuando Su gracia fluye con especial abundancia, cuando los corazones están más receptivos y la salvación se ofrece con claridad. Pablo declara que los corintios estaban viviendo en tal momento. El día de salvación no es un evento lejano; está aquí, es ahora, es hoy.

Pero nota la implicación: si ahora es el día de salvación, entonces la oportunidad puede perderse. Los días terminan. Las temporadas cambian. Las oportunidades se cierran. El tiempo de favor no dura para siempre, no porque la misericordia de Dios expire, sino porque los corazones pueden endurecerse, las circunstancias cambiar y las oportunidades pasar.

Esta urgencia se aplica también a la salvación misma. Si estás leyendo esto y no has entregado tu vida a Cristo, ahora es tu momento. No cuando hayas “arreglado” tu vida. No cuando entiendas todo. No cuando la vida se sienta menos caótica. La oferta de salvación está ante ti ahora mismo. Dios está extendiendo Su favor hoy. Decir “después” es presumir que habrá un después, una presunción que la Escritura no respalda.

Pero la urgencia de Pablo no es solo para los no creyentes. Él escribe a los creyentes de Corinto, exhortándolos a no “recibir en vano la gracia de Dios”. Los cristianos también pueden perder su día de oportunidad. Podemos desperdiciar temporadas cuando Dios está especialmente cerca, cuando Su Espíritu se mueve con poder y las puertas están abiertas para el ministerio y el crecimiento.

Quizás Dios está abriendo una puerta para la reconciliación en una relación rota. Ahora es el momento: antes de que el orgullo endurezca, la distancia calcifique o la muerte haga imposible la reconciliación. Quizás Dios te llama a un acto específico de obediencia. Hoy es el día; antes de que la convicción se desvanezca, las circunstancias cambien o la ventana se cierre. Quizás Dios presenta una oportunidad para

compartir el Evangelio con alguien. Ahora es el momento; antes de que se muden, su corazón se cierre o la oportunidad desaparezca.

Somos expertos en posponer lo que Dios nos llama a hacer ahora. Esperamos condiciones perfectas, claridad total o un momento conveniente. Pero Dios no promete un mañana; Él ofrece un hoy. La gracia disponible en este instante puede no manifestarse con la misma intensidad después. La persona abierta hoy puede estar cerrada mañana. La convicción que sientes ahora puede atenuarse si la ignoras.

“Este es el momento propicio [para el favor] de Dios”. ¡Qué gran regalo! Dios te mira con favor ahora mismo. Está escuchando. Está ayudando. Está ofreciendo salvación, restauración, dirección y poder. Pero el favor tiene temporadas, y esta temporada es ahora.

“Hoy es el día de salvación”. No solo la salvación inicial, sino la liberación continua del pecado, la transformación a la semejanza de Cristo y el rescate de una vida desperdiciada. Sea lo que sea de lo que Dios te esté salvando (o para lo que te esté guardando), el día para abrazarlo es hoy.

No dejes que este día pase sin responder a lo que Dios está diciendo. No asumas que mañana ofrecerá la misma oportunidad. No pongas a prueba los límites de Su divina paciencia. Ahora es el tiempo. Hoy es el día. ¡Qué harás con él?

ORACIÓN:

Padre Dios, gracias porque ahora es el tiempo de Tu favor, y hoy es el día de salvación. Perdóname por considerar tus invitaciones de gracia como algo a lo que puedo responder “eventualmente” o “algún día.” He vivido como si el mañana estuviera garantizado y dado por sentadas las oportunidades de hoy. Escucho tu voz llamándome a una respuesta inmediata, y no quiero retrasarla más. Sea lo que sea que me pidas hacer, quiero hacerlo ahora; no cuando sea conveniente, no cuando me sienta preparado, sino hoy mientras Tu favor descansa sobre mí; mientras Tu Espíritu habla claramente y mientras la puerta está abierta. Si hay algún pecado que necesito confesar, lo confieso ahora. Si hay obediencia que requieres, me comprometo ahora. Si hay alguien a quien necesito perdonar o reconciliarme, actuaré ahora. Si hay un llamado que debo abrazar, lo acepto ahora. No permitas que desperdicie este día de oportunidad. No permitas que reciba Tu gracia en vano. Ayúdame a vivir con urgencia santa, reconociendo que ahora siempre es el momento para responderte. En el nombre de Jesús. Amén.

A TIEMPO Y FUERA DE TIEMPO

*“Predica la palabra; mantente dispuesto a tiempo y fuera de tiempo; convence, reprende y exhorta con toda paciencia y enseñanza”.
2 Timoteo 4:2 (RVA-2015)*

Pablo escribe a su joven protegido Timoteo con urgencia paternal. Sus instrucciones son directas: ‘Predica la palabra’. Sin condiciones. Sin excepciones. Sin excusas. Este es el llamado innegociable para todos los que siguen a Cristo, no necesariamente desde un púlpito, sino en cada esfera de influencia que Dios nos ha dado.

Luego Pablo añade una frase que desafía nuestro enfoque de comodidad del ministerio: ‘dispuesto a tiempo y fuera de tiempo’. Es decir, cuando es conveniente y cuando no lo es. Cuando tienes ganas y cuando no. Cuando la gente está receptiva y cuando es hostil. Cuando las circunstancias son favorables y cuando son difíciles.

El ministerio “a tiempo” es fácil. Es cuando tu audiencia está comprometida, tus palabras son bien recibidas y tus esfuerzos producen un fruto visible. Es cuando la persona a quien testificas hace preguntas espirituales. Es cuando tus hijos realmente están escuchando tu instrucción. Es cuando tus palabras de ánimo llegan al corazón de alguien y marca la diferencia. El ministerio “a tiempo” requiere poco valor porque las condiciones son adecuadas.

Pero el ministerio “fuera de tiempo” es otra historia. Es compartir la verdad cuando nadie quiere escuchar. Es corregir el pecado aun cuando te hace impopular. Es animar a alguien que parece no apreciarlo. Es continuar discipulando a tus adolescentes incluso cuando respondan con indiferencia. Es predicar el Evangelio al mismo compañero de trabajo que ya lo ha rechazado antes. Es permanecer fiel cuando no ves fruto, ni respuesta, ni evidencia de que tus palabras importen.

La mayoría de nosotros somos ministros cuando todo es favorable. Compartimos nuestra fe cuando la oportunidad es obvia y cómoda. Ofrecemos consejo espiritual cuando nos lo piden. Servimos cuando es apreciado y fácil. Pero Pablo nos llama a algo más exigente: preparación constante, sin importar las circunstancias.

“Mantente dispuesto”: esto sugiere intencionalidad. No se llega a una fidelidad fuera de tiempo por accidente. Requiere preparación del corazón, de la mente y del espíritu. Significa permanecer en la Palabra de Dios para tener algo que decir. Significa mantener tu caminar con Cristo para que tu fuente esté llena. Significa desarrollar sensibilidad al Espíritu aún cuando el momento parezca inoportuno.

Fíjate en el equilibrio que Pablo prescribe: “convence, reprende y exhorta”. No solo una. Todas las tres. Algunos solo saben convencer (corregir) y reprender; otros solo exhortar. El ministerio maduro incluye las tres, entregados con “toda paciencia y enseñanza.”

Esto es urgente porque Pablo advierte: ‘vendrá el tiempo cuando no soportarán la sana doctrina’. Ese tiempo ha llegado. Vivimos en una época que rechaza la verdad absoluta, resiente la autoridad moral y prefiere mentiras cómodas a la realidad incómoda. Esto hace que el ministerio fuera de tiempo (temporada) sea cada vez más común. La cultura no está pidiendo lo que tenemos para ofrecer. Las personas no son receptivas por naturaleza. Las condiciones no son favorables.

Pero eso no cambia el mandato: predica la palabra. Mantente dispuesto. Sé fiel. Ya sea en temporada o fuera de temporada, el mensaje no cambia, y nuestra responsabilidad de compartirlo tampoco.

La pregunta no es si la temporada es favorable. La pregunta es: ¿estás listo?

ORACIÓN:

Señor, confieso que he sido un ministro de tiempos favorables: fiel cuando es fácil, silencioso cuando es costoso. Comparto la verdad cuando la gente quiere escuchar, pero guardo silencio cuando podría generar tensión. Sirvo cuando es cómodo y retiro mis esfuerzos cuando requiere sacrificio. Perdona mi obediencia selectiva. Hazme alguien que esté preparado a tiempo y fuera de tiempo; listo para hablar Tu verdad, aunque la reciban o la rechacen, aunque las circunstancias sean favorables o difíciles. Dame valor para corregir (convencer) cuando sea necesario, audacia para reprender cuando el pecado deba confrontarse, y compasión para exhortar a los cansados. Ayúdame a equilibrar la verdad con paciencia; y la convicción con gentileza. Ayúdame a permanecer fiel aun cuando no vea fruto, aun cuando mis palabras parezcan inútiles, aun cuando el clima cultural sea hostil. No quiero permanecer en silencio cuando Tú me estás llamando a hablar. Prepara mi corazón, llena mi mente con Tu Palabra y ayúdame a estar siempre listo para predicar el Evangelio en cualquier temporada en la que me encuentre. En el nombre de Jesús. Amén.

SI USTEDES OYEN HOY SU VOZ

“Porque él es nuestro Dios y nosotros somos el pueblo de su prado; somos un rebaño bajo su cuidado. Si ustedes oyen hoy su voz, no endurezcan sus corazones...” Salmo 95:7-8 (NVI)

El salmista comienza con una imagen hermosa: somos el rebaño de Dios, bajo su cuidado, en su prado. Es una imagen de intimidad, provisión y pertenencia. Dios es nuestro pastor, y nosotros somos sus ovejas. Pero luego viene una súplica urgente que rompe cualquier complacencia: ‘Si ustedes oyen hoy su voz, no endurezcan sus corazones’.

Esa palabra “hoy” palpita con urgencia. No mañana. No eventualmente. No cuando te sientas más espiritual o cuando la vida se calme. Hoy. En este mismo instante. Ahora mismo. Dios está hablando, y la pregunta crucial es si estás escuchando; y más aún, si estás respondiendo.

‘Si ustedes oyen hoy su voz’: hay un anhelo divino en estas palabras. Dios desea comunicarse con Su pueblo. No está distante ni en silencio. Él habla por medio de Su Palabra, por medio de Su Espíritu, a través de las circunstancias y de otros creyentes. El problema no es que Dios no hable; el problema es que no escuchamos. O peor aún, escuchamos pero no obedecemos.

La advertencia que sigue es solemne: ‘No endurezcan sus corazones’. El salmista hace referencia a la rebelión de Israel en el desierto, cuando toda una generación escuchó la voz de Dios y endureció su corazón contra ella. Lo pusieron a prueba, dudaron de Él y se negaron a confiar en Sus promesas. ¿La consecuencia? Murieron en el desierto y nunca entraron al descanso que Dios había preparado para ellos.

El endurecimiento del corazón no sucede de golpe. Es un proceso gradual. Cada vez que escuchas la voz de Dios y escoges ignorarla, tu corazón se endurece un poco más. Cada convicción que descartas, cada impulso del Espíritu que resistes, cada verdad que racionalizas: todo va calcificando el corazón un poco más. El corazón sensible de hoy puede convertirse en el corazón endurecido de mañana por medio de la resistencia repetitiva.

Por eso el momento es tan importante. Hoy, mientras tu corazón aún está sensible, mientras la convicción sigue fresca, mientras el Espíritu todavía habla con claridad: responde. No esperes. No pongas a prueba la paciencia de Dios. No asumas que mañana tendrás la misma sensibilidad espiritual que tienes hoy.

¿Qué te está diciendo Dios ahora mismo? ¿Te está llamando a arrepentirte de un pecado específico? No lo racionalices. ¿Te está impulsando a reconciliarte con alguien? No lo pospongas. ¿Te está pidiendo que des un paso de fe hacia algo que te da miedo? No te resistas. ¿Te está confrontando con la manera en que usas tu tiempo, tu dinero o tu energía? No lo ignores.

La tragedia de la generación del desierto no fue que nunca escucharon a Dios. Lo escucharon constantemente por medio de Moisés, a través de milagros, mediante Su misma presencia entre ellos. Su tragedia fue que escucharon y endurecieron el corazón. Conocieron Su voluntad y la rechazaron. Tuvieron oportunidad tras oportunidad para confiar y obedecer, y las desperdiciaron todas.

Hoy es el día que tienes. Estás escuchando su voz ahora mismo, incluso a través de estas palabras. Tu corazón se está ablandando o endureciendo en respuesta. No hay terreno neutral. Cada momento en que escuchas la voz de Dios es un momento de decisión.

Hoy, si escuchas su voz, no endurescas tu corazón. Mañana puede ser demasiado tarde.

ORACIÓN:

Señor, escucho tu voz hablándome hoy: por medio de tu Palabra, por medio de tu Espíritu, por medio de la convicción que siento ahora mismo. Perdóname por las veces que he escuchado y he endurecido mi corazón, por los momentos en que he sabido lo que querías que hiciera y me negé a hacerlo. No quiero seguir el ejemplo de Israel en el desierto, escuchándote constantemente, pero sin obedecer de verdad. Mantén mi corazón sensible y dispuesto. No permitas que la resistencia repetitiva se convierta en dureza permanente. Lo que sea que me estás diciendo hoy: un pecado que confesar, una obediencia que aceptar, una verdad a creer, o una acción que tomar; quiero responder ahora, no después. Rompe mis excusas, mis temores y mis racionalizaciones. Ayúdame a confiar en Ti lo suficiente como para obedecer de inmediato, no eventualmente. Gracias porque me sigues hablando, me sigues buscando y me sigues cuidando como tu oveja. Dame oídos para oír y un corazón que responda. Hoy, mientras aún puedo oír con claridad, elijo obedecer en lugar de resistir, elijo la confianza en lugar de la duda, y un corazón sensible en lugar de uno endurecido. En el nombre de Jesús. Amén.

CITAS INSPIRADORAS SOBRE LA EVANGELIZACIÓN

- “No tengo miedo al fracaso; tengo miedo de tener éxito en cosas que no importan.” - William Carey
- “Algunos desean vivir dentro del sonido de la campana de la iglesia y la capilla. ¡Yo quiero montar un puesto de rescate a un metro del infierno!” - C. T. Studd
- “Si una comisión de un rey terrenal se considera un honor, ¿cómo puede considerarse un sacrificio una comisión de un Rey celestial?” - David Livingstone
- “No es ningún necio el que da lo que no puede conservar para ganar lo que no puede perder.” - Jim Elliot
- “El evangelio solo es buenas noticias si llega a tiempo.” - Carl F. H. Henry
- “Si hay algo en lo que no podemos tolerar la tibieza, es en el asunto de enviar el evangelio a un mundo que muere.” - Charles Spurgeon
- “¿Quieres pies hermosos? ¡Sáltate la pedicura! ¡Comparte el evangelio!” - Living Waters
- “Si vamos a esperar hasta que se elimine todo posible obstáculo antes de hacer una obra para el Señor, nunca intentaremos hacer nada.” - T. J. Bach (1881–1963), misionero en Venezuela
- “Estoy listo para consumirme por Dios. Estoy dispuesto a soportar cualquier dificultad, si de alguna manera puedo salvar a algunos. El anhelo de mi corazón es dar a conocer a mi glorioso Redentor a quienes nunca han oído.” - William Burns
- “Tenemos toda la eternidad para contar las victorias ganadas para Cristo, pero solo tenemos unas pocas horas antes del atardecer para ganarlas.” - Amy Carmichael (1867–1951), misionera en India
- “Si encontraras una cura para el cáncer, ¿no sería inconcebible ocultarla al resto de la humanidad? Cuánto más inconcebible es guardar silencio sobre la cura del salario eterno de la muerte.” - Dave Davidson
- “No está en nuestra elección difundir el evangelio o no hacerlo. Nuestra muerte está en no hacerlo.” - Peter Taylor Forsyth
- “Las personas que no creen en las misiones no han leído el Nuevo Testamento. Desde el principio Jesús dijo que el campo es el mundo. La iglesia primitiva tomó Sus palabras en serio y fue al oriente, occidente, norte y sur.” - J. Howard Edington
- “Las personas todavía están esperando al final de nuestra obediencia.” - David Joannes

CITAS INSPIRADORAS SOBRE LA EVANGELIZACIÓN

- “¡Esta generación de cristianos es responsable de esta generación de almas en la tierra!” - Keith Green
- “Tienes un solo negocio en la tierra: salvar almas.” - John Wesley
- “¿No sigue siendo vinculante la comisión de nuestro Señor para nosotros? ¿No podemos hacer más de lo que ahora estamos haciendo?” - William Carey (1761–1834), misionero en India
- “La Gran Comisión no se cumplirá con nuestro tiempo sobrante ni con nuestro dinero sobrante.” - David Kim
- “Jesús nos juzgará no solo por lo que hicimos, sino también por lo que pudimos haber hecho y no hicimos.” - George Otis
- “Satanás se complace cuando estamos satisfechos con haber dado de nuestro tiempo, contribuido con gastos significativos y ayudado a muchas personas sin presentarlas al Único que puede dar esperanza eterna.” - Jerry Rankin
- “Si la Gran Comisión es verdadera, nuestros planes no son demasiado grandes; son demasiado pequeños.” - Pat Morley
- “Un tercio de la población del planeta, más de dos mil millones de personas, nunca ha oído el evangelio. Y de ese número, más de 50,000 mueren diariamente, separados de Dios para siempre.” - David Sills, The Missionary Call
- “No comprendemos verdaderamente el evangelio si pasamos todo nuestro tiempo predicándolo a cristianos. El evangelio es un evangelio misionero. Es la comunicación de las Buenas Nuevas a personas y en lugares donde el nombre de Cristo es desconocido.” - David Sitton, presidente de To Every Tribe
- “Nadie tiene derecho a oír el evangelio dos veces mientras todavía haya alguien que no lo haya oído ni una sola vez.” - Oswald J. Smith
- “La Gran Comisión no es una opción que deba considerarse; es un mandamiento que debe obedecerse.” - J. Hudson Taylor (1832–1905), misionero en China
- “Nuestro Dios de Gracia a menudo nos concede una segunda oportunidad, pero no existe una segunda oportunidad para cosechar una cosecha madura.” - Kurt von Schleicher
- “La iglesia que no evangeliza se fosiliza.” - Oswald J. Smith
- “No es que Dios tenga una misión para Su Iglesia en el mundo, sino que Dios tiene una Iglesia para Su misión en el mundo.” - Chris Wright



ESCANEA EL CÓDIGO QR O INGRESA
LA URL EN TU NAVEGADOR PARA
VISITAR NUESTRO SITIO WEB.

WWW.IPHC.ORG/EVANGELISM